

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA



MEDITACION

El hijo muerto, resucitado en el propio pensamiento y tenido como presente en todas las manifestaciones del vivir, es el mayor consuelo y la única conformidad que puede tener un padre. Se fue y volvió para no irse jamás ni sufrir más quebrantos, que es el estado perfecto de la resurrección y borra el horrendo aspecto de la muerte y el absurdo de nacer para morir.

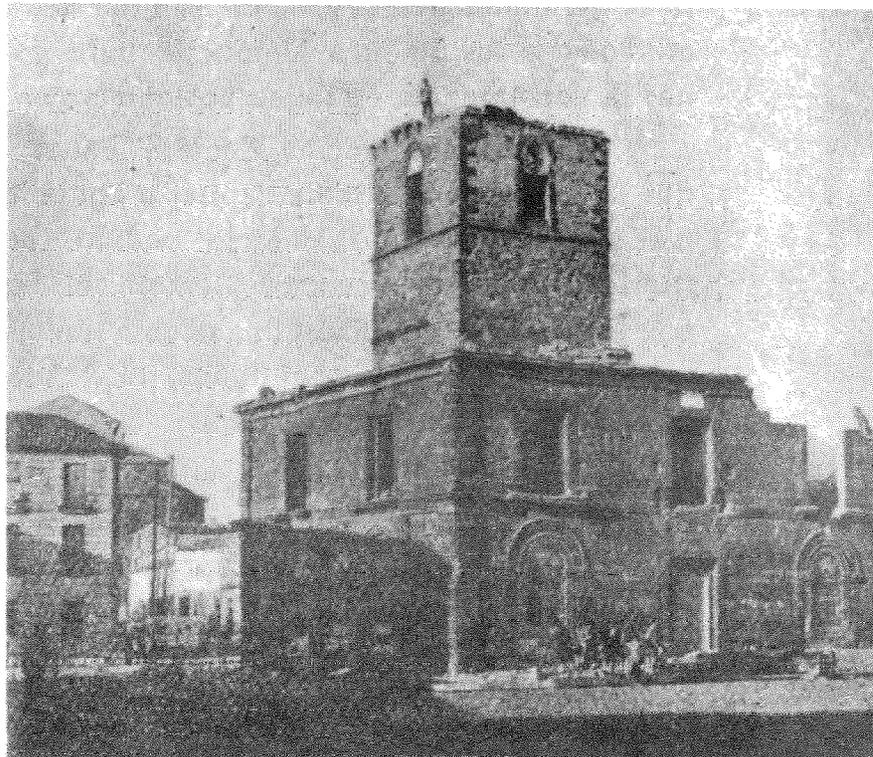


VIIth WORLD CONGRESS ON FERTILITY & STERILITY
INFORMATION



NUMERO 48

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA



Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca

La piqueta triunfadora

Canta el gallo a toda hora, como nos lo dicen las sombras

Viendo la solidez de la obra comprendieron su error los demoledores, dicen, pero siguieron, sin querer darse cuenta que si algo fallaba no era la torre, sino el cimborrio y las partes laterales agregadas como postizas y desunidas de la parte principal por su propio envejecimiento.

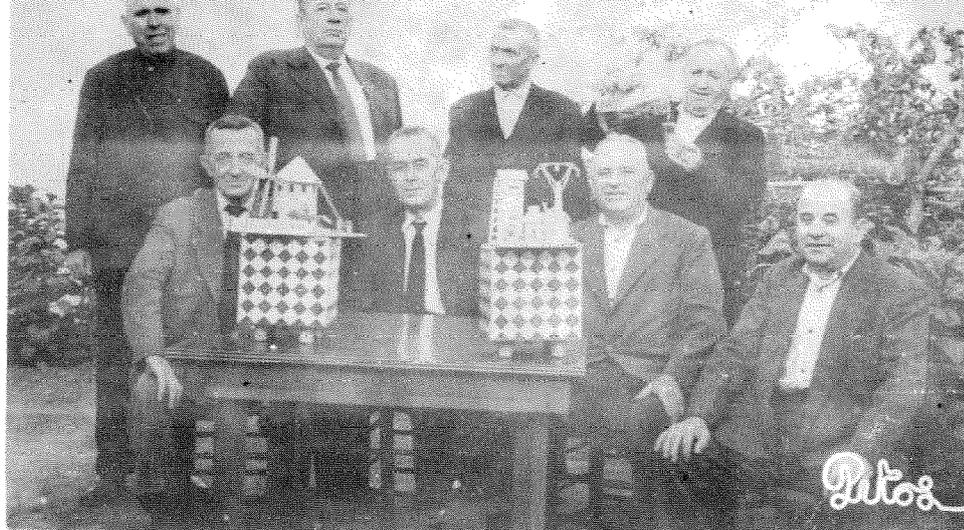
Siempre pasa lo mismo y era menester que el gestor público sufriera en su propia carne, como le pasa al privado, las consecuencias de sus decisiones, para que no se ensorbeciera tanto y comprendiera sus equivocaciones a tiempo de remediarlas.

Es bien manifiesta, aún en la fotografía, la firmeza, la individualidad e independencia de la torre de cuatro plantas.

Aquella torre, de origen árabe indudablemente, pudo ser coronada con una especie de Alminar, como hay otras, sobre todo en Andalucía, para poner el reloj, pero por falta de conocimiento, de gusto o de dinero, le pusieron aquella armadura de madera cubierta de chapa que tanto la desfiguraba.

POR
RAFAEL
MAZUECOS

FASCICULO XLVIII



ESTACIONISTAS DE TRANSICION

Nada de los estacionistas puede desdeñarse en Alcázar y yo menos, que sin serlo, me he criado entre ellos.

Los que aparecen en esta fotografía no son de los primitivos empleados, de grandes bigotes y abundante tizne, son precisamente los hijos de aquellos y los padres de los que ahora se visten en El Corte Inglés, no olvidados, sino ignorados los pantalones y chalecos de pana negra con larga cadena de gruesos eslabones, chaqueta azul, gorra de bisera, y botas de una pieza, cutis impregnado de grasa, del carbon, de humo y de polvo, los ojos brillantes resaltando de los círculos embetunados en las pestañas, las manos aceitadas, siempre con el puñado de algodones entre ellas para coger el regulador sin escurrírseles, el aire de cansera y de adaptación a los balboleos de la máquina y el tracatrac de las unidades.

Predominan en el grupo los 'maquinistas y están tomando un jarrete en casa de Cencerrado el avisador que se había jubilado, que es el primer paso para subirle al cielo, rito al que se ha procurado no faltar nunca ni en la estación ni fuera de ella.

No se ve la lebrilla pero si los juguetes a que eran aficionados los empleados habilidosos y Manuel, el Gordillo, que está en la presidencia, de los que más, como todos sus hermanos. Están de pie, Cencerrado, Alfonso Brunner, Lorenzo Palomares, el mayor del Jaro el Porrero y Pablo Abengózar.

Sentados Gabriel Ortiz, Manuel Monreal el Gordillo, Francisco Rubio y Rufino Villajos, demasiado gordo para sus chichas, aunque también al Galgo le cuelga la papada que no le pega.

Los juguetes que hay sobre la mesa ya se ve que es un molino y una caseta de cambios.

No escaparon mal, porque todavía renguean por ahí algunos.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

San José, 1981

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XLVIII

PROLOGUILLO

INDICE

Sobrecubierta	Meditación
Portada	La piqueta triunfadora.
Contraportada Primera	Estacionistas de transición.
Página 1	Prologuillo.
Página 2	La muralla del Alcázar o fuerte alcazareño.
Página 11	La casa de D. Enrique.
Página 12	Noticias Arqueológicas.
Página 13	Cementerios Alcazareños.
Página 28	El hijo muerto.
Página 32	Conjeturas históricas.
Página 36	La Marina del Estanco.
Página 41	Fechas memorables.
Página 42	Empresarios alcazareños.
Página 44	Carteros y peatones.

Se continua en este libro la exposición de los temas fundamentales de la vida alcazareña iniciados en el anterior y otros que sin serlo tanto constituyen facetas características que reflejarán siempre nuestras cualidades.

Se da, en primer término, un avance considerable para aclarar y confirmar la hipótesis de considerar el Ayuntamiento como torre del Palacio-Fortaleza.

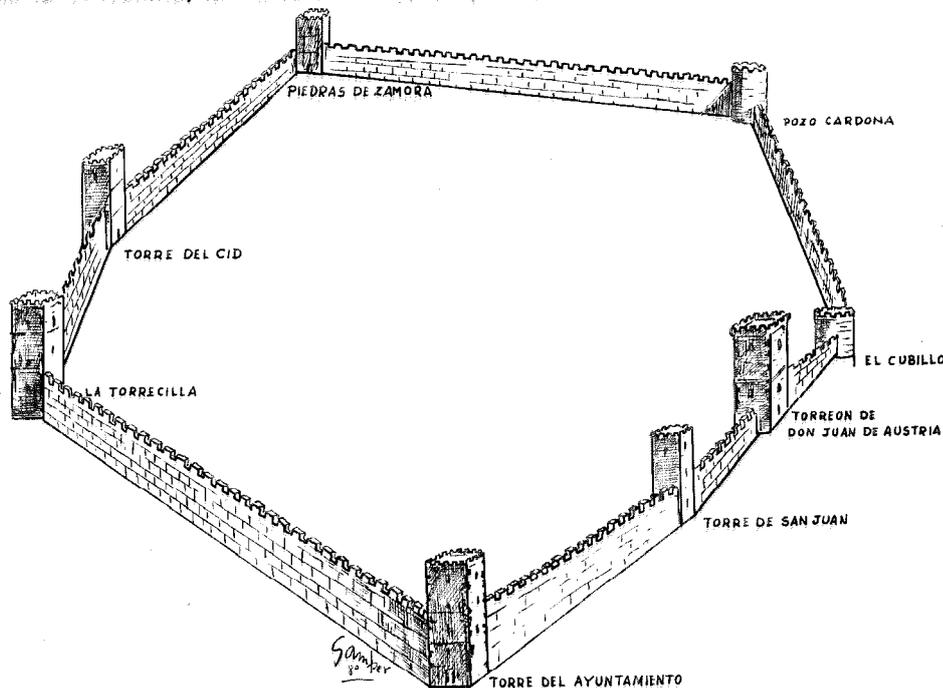
Se hace así mismo una síntesis completa de la evolución de los cementerios conocidos, reconociendo que debe haber otros anteriores de redobrado interés. Aún cuando este trabajo parece completo no es imposible que volvamos sobre él si la suerte nos favorece para encontrar las huellas de las lóggias masónicas en la comarca, pues de allí dimana nuestra evolución política y la instauración de los cementerios civiles con manifiestas inscripciones de fondo religioso que sorprenderán no poco a los lectores actuales que desconocen las actuaciones de tales organizaciones.

La extrañeza que nos producía no poder aclarar la vida, tan reciente, de Don Tomás Tapia, pudiera hallar alguna luz en ese camino. La suya y la de Don Antonio Castillo y otros de sus admiradores y seguidores que tal vez guarden entre sus secretos, los recuerdos que descifren el enigma de Don Tomás tan incomprensible hasta ahora.

Confiemos en las aportaciones de todos.

La muralla del Alcázar o fuerte alcazareño

Admitida como del castillo la torre donde se alojó el Ayuntamiento y seguramente por la misma causa y el mismo sistema que se alojó en el casino en su última etapa y dada la existencia segura del Torreón, del Cubillo y torre de San Juan conocidas por todos, queda por reconstruir la muralla que rodeó el lugar de entonces que, con estos pilares y los nombres tradicionales de la Torrecilla, la Torre del Cid, las piedras de Zamora y el pozo Cardona,



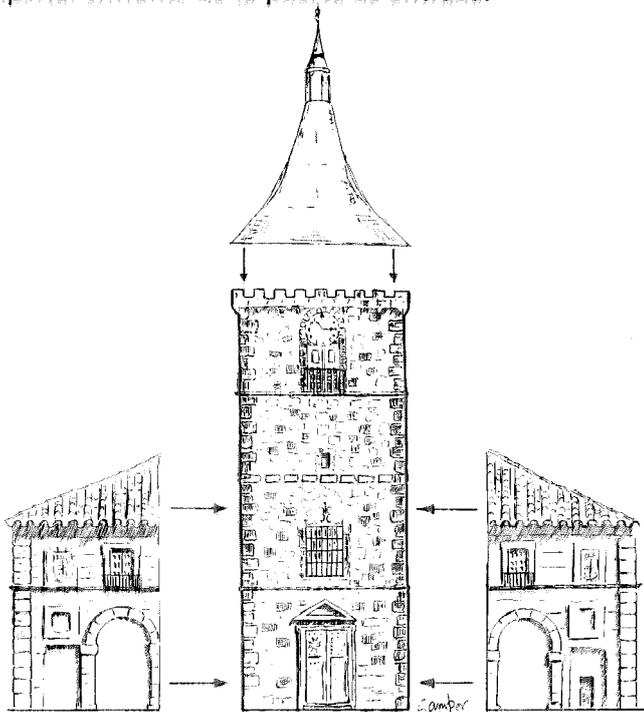
Posibles y probables complementos de la muralla del Castillo, conocidos unos y otros que suenan por tradición oral.

nos dan ya como dibujado el cerco de la villa y sus puntos defensivos principales.

Para desvanecer las dudas que pueda suscitar la interpretación del Ayuntamiento como torre del Castillo y que entre por los ojos a todos los observadores, como ya se expusieron en el libro anterior todas las agregaciones de que fue objeto la torre para facilitar los servicios municipales instalados en ella, nos serviremos ahora del artificio, admirablemente ideado por Samper, de separar de la torre primitiva las partes que se le fueron incorporando por necesidad funcional y de las cuales hay constancia y se mencionan en el libro anterior, queda cada cosa en su lugar primitivo,

como en un juego de sólidos geométricos que se pueden aproximar y separar para comprender la construcción ideada y véanse trazados con la técnica pictórica de Samper, frente a la Tienda Chica el bloque de la derecha, salón de sesiones por arriba y juzgado de paz por abajo. El bloque de la izquierda, frente al Catre --Domingo García Fernández-Checa--, oficinas. El bloque del centro, frente al casino, sala de la media naranja, centro de la Torre y sobre la techumbre del reloj, la torre o cimborrio de la campana que Samper ha tenido el acierto de destapararlo como una chocolatera para que se vea el artificio o la tramoya de tan peligroso juego, porque peligroso era soportar áquel armazón azotado por los cuatro vientos, por las tormentas de todas clases y los huracanes más violentos y desoladores.

En el centro de la torre del Ayuntamiento, había una escalera circular para subir hasta el reloj, por cuyo hueco se bajó la campana hasta el suelo en el momento de empezar el derribo. Sería seguramente la escalera para subir hasta la cubierta cuando la torre fuera parte de la fortaleza como la tenía el Torreón y supongo que la seguirá teniendo. Esa escalera, de verdadero servicio, no era ninguna de las que se utilizaron en el Ayuntamiento en sus funciones, primero por la fachada del norte y luego por la del mediodía, que estaba en la calle adosada a la muralla, hasta que se hizo la de estilo imperial enfrente de la puerta de entrada.



Desmante del Ayuntamiento

Vistos los dibujos claros e instructivos de Samper, veamos ahora el Ayuntamiento propiamente dicho en una selección de las fotografías publicadas.

El Ayuntamiento visto por la fachada del norte tal como quedó al incorporársele a la torre las nuevas construcciones. Se ve la entrada de los portales, anchos, a los que se pasa en ambos lados, rozando las paredes laterales de la torre. No están hechos ni el casino, ni la tienda chica, ni la de Natalio. Está a la izquierda el destete de don Moisés bien claro, como todo lo de enfrente.



La torre del Ayuntamiento aprisionada por los primeros agregados que se le hicieron dejándola desconocida y confundiendo a las gentes respecto de su origen y significación.

El Ayuntamiento visto por la fachada del mediodía tal como se quedó al cerrar los portales. Ya había muerto Leña, porque está hecha la tienda chica. A la izquierda, la casa de José Carreño, donde nació la Marina y al fondo el palomar de la Millana. Todavía no existía la garita para el sereno porque la gente se sentía tranquila y segura.



El Alcázar, como los demás alcazares que se conocen, el de Toledo y tantos otros, que son todavía fortalezas inexpugnables, como muchas iglesias que fueron verdaderos fuertes, era natural que se hiciera en el Castillo, pues es lógico pensar que la defensa y la protección fueran necesariamente anteriores a la comodidad y a las ostentaciones.

En la descripción del Alcázar de Sevilla, fuerte y residencia de los reyes moros, hecha por la insigne novelista Fernán Caballero el año 1862, nos dice con su estilo clásico y peculiar, que el Alcázar fue mucho mayor que lo era al describirlo y que hasta la Torre del Oro, tan cercana al río, llegaban sus muros, "hoy en parte arruinados, agrega, y en parte fuera del recinto del Alcázar actual y escondidos y aprisionados entre casas, sobre las cuales se alza de trecho en trecho una de sus torres, como un roble entre zarzas que lo oprimen para respirar en ancha atmósfera y no ahogarse mezquinamente". La Torre del Oro está mucho más lejos que nuestro Ayun-



El Ayuntamiento visto por la fachada del norte, la del cuarto del peso, quitados los tejados y con azoteas.

Como en esta fachada no se hicieron añadidos, se distingue la torre completa, hasta el suelo, diferenciándose de los laterales a pesar de las limitaciones. Como se aprecian las alineaciones del edificio contrapuestas a todo lo de la plaza que tiene a su espalda.

El ser las cinco menos cuatro minutos de la tarde, como marca el reloj y lo confirma el estar cerrado el cuarto del peso. Y el ser buen tiempo como se ve por las vestimentas y la claridad del ambiente, permite ver la torre entera y diferenciarla de todo lo demás, paralela al camino y haciendo esquina, la torre, no el Ayuntamiento, para quebrar la línea y dirigirla hacia la Torrecilla que es la marcha de la fortificación.

Puede ser hasta domingo, por los corrillos de la gente, por las sillas que sacan las mujeres a la sombra, enfrente de la María Manuela, por las cestas de tortas que llevan algunos chicos y porque los hombres van bastante curiosos de ropa y algún zagal en camisa cosa bastante rara entonces e indecorosa.

Cuantos hay en el recinto se les ve bien dispuestos a pasar la tarde viendo de correr el tiempo que es ocupación muy placera y de todas las épocas.

tamiento de sus respectivos castillos, pero obsérvese que Doña Cecilia parece que está hablando de nuestro castillo, salvadas las diferencias, pero todavía lo parece más cuando agrega que al sur se alzan las almenadas murallas del Alcázar, flanqueadas de torres "macizas", como nos cuenta Sergio Sánchez que era nuestra Torrecilla que le tocó destruir, torres "macizas" que le sirven de poderosos sostenes, contra el enemigo común, el tiempo, pero que fueron importantes contra los ejércitos.

Esta descripción coloca nuestro caso en pleno campo de las construcciones árabes. Pero hay más. Fernán Caballero nos habla de las ventanas divididas a lo morisco por firmes columnitas. Es decir, los ajimeces que se ven en la fotografía de nuestro libro primero y que doña Cecilia pinta con el más delicioso primor literario diciendo que tales ventanas darían a los jardines demasiada severidad sino estuviera paliada "por el murmullo de las fuentes, la espléndida alegría del cielo y la lontananza de sus horizontes que nada interrumpe por concluir los jardines en las murallas de la ciudad y que les dan el silencio y el



La Castellar como estaba en mi infancia, con la barbería de la Fama, la esquina de Francisquillo el sillero y la carretería de Demetrio Marchante, el hombre de la Zurrranta, sin un alma, con bastantico barro y sin ninguna tienda visible.

Al fondo las torres del Ayuntamiento y el torreón, cuya identidad es evidente, quitándole el cimborrio postizo a la del Ayuntamiento.

Se dice y yo lo creo que cuando se estaba tirando y se comprobó la fortaleza de la obra, se reconoció el error. La cosa no era para menos, pero...

apacible encanto de la soledad". También nos habla de una sala de la media naranja, como aquí y acaso en todas esas torres, aunque aquella, naturalmente, tenga unos artesonados magníficos y esté coronando el salón de embajadores.

Y nos hace una reflexión lírica diciendo que "hay más mérito en amar lo que fue que en amar lo que será" y el secreto de la fuerza de los seres que, en medio de una sociedad que se divierte y se enriquece, conservan lo que constituye la fuerza del hombre y a lo largo da siempre la victoria, la fe, la gravedad y la antipatía a todo lo vulgar, el menosprecio de la frivolidad".

Por el interés del tema y por la obligada correspondencia con los amigos mediadores no pueden dejar de incluirse algunas notas que son otras tantas hipótesis de trabajo.

La primera digna de observar es que las puertas de Cervera y de Villajos, así como las cruces humilladero del Camino de Herencia y la misma de Cervera, la Cruz Verde, el Santo y el Cristo de la calle de Toledo, las Cruces de la calle de su nombre, del vía Crucis y el Sepulcro, no están en este recinto y pertenecen a otra cerca mucho mayor en el sentido de amplitud y por lo tanto mucho más reciente, hecha con posterioridad, cosa que da visos de realidad al dicho de Don Manuel Corchado de que Alcázar estuvo doblemente amurallado.

Cabe comparar el Alcázar presente, —Alcázar población, se entiende—, con el de la antigüedad en el sentido de su importancia circunstancial, en la que le deparó su situación topográfica. Por ella ha sido hasta ahora nudo principal de comunicaciones ferroviarias y enlace secundario de carreteras. Y antiguamente lo fue en la defensa del territorio nacional, aunque la desidia, oficial y privada, haya dado lugar a la desaparición de casi todas las huellas que pudieran acreditarlo. Alhambra, Ruidera, Cervera, Alcázar, Consuegra, marcaron la línea de castillos defensiva del territorio o llano manchego, con algunos otros apoyos secundarios como Villacentenos, Villajos, Quero, Los Yébenes, etc., que contribuyeron a su fortalecimiento.

A fuerza de no recordarlo y de no necesitarlo se va olvidando esta importancia ya casi nula pero que es el fundamento de lo que ha seguido sucediendo y la parte más gloriosa de la historia de nuestro territorio, siendo el Alcázar precisamente el que menos señales ha dejado de su existencia.

De las conversaciones tenidas con el maestro Miguel Muñoz y el oficial Elías Romero, resulta que el derribo del Ayuntamiento se hizo por contrata, quedándose con ella los Lucas.

Los materiales se dispersaron gastándose la piedra como se ha dicho

ya, en la cimentación de la plaza de los toros y en algunas de sus dependencias.

La Torre era independiente de lo demás de la obra con una escalera de caracol como la de los molinos, que la piedra de la torre era firme como nos contó Sergio que era la de la torrecilla, cosa natural porque una obra de fortificación no se iba a hacer con yesones.

Creer que habia ventanas de ajimez, con el arco de herradura y dividida en dos como las del Torreón, detalle que corrobora su identificación.

Nuestras torres son cuadradas, como lo son las torres albarranas, verdaderos miradores y no obstante la solidez de su construcción por su carácter defensivo, solo se salvaron las que pasaron a ser vivienda, como el torreón y el Ayuntamiento, aunque la torrecilla se perdiera por esa misma causa, pues no hay regla sin excepciones.

Del mismo tiempo que los agregados que se hicieron a la torre-Ayuntamiento y de la misma piedra colorada, eran las "Pasaeras" que se pusieron para cruzar el arroyo desde la esquina de la Alcaldía hasta la de Carreño y que son perceptibles en las fotografías para los conocedores, como lo fueron las que se pusieron para cruzar el arroyo de la calle Toledo, desde la esquina de la tía Renga, madre de Brocha, a la del tío Ecequiel, padre de Estrella, mucho antes de hacerse las calles del Dr. Creus y de Don Antonio Castillo.

LA TORRECILLA

Según me informó Sergio Sánchez Cervantes, el hermano de Heliodoro, la torrecilla era una construcción maciza, de forma rectangular, de metro y medio de lado aproximadamente, incluida en su carpintería y separada de las medianerías de las casas de Román Abengózar en la calle del mediodía y de la del Moreno Vela de la Plaza de Cervantes.

Estaba construída de piedra berroqueña en tal cantidad que al tirarla



se hicieron dos plantas del taller sin necesitar otros materiales hasta pasar a la tercera planta. Debe hacerse constar como observación de ese buen alcazareño que es Elías Romero, que intervino en el derribo, que también la torre del Ayuntamiento tenía piedra dura. La arenisca estaba en los agregados y tanto una como otra se gastaron en la cimentación de la plaza de los toros y en sus dependencias.

No puede dudarse que la Torrecilla formaba parte de la fortaleza, porque no podría tener otra finalidad, con la misión que se necesitara frente a la puerta Cervera pero dejando libre el camino del castillo de la Alameda. Pudo ser como medio de unión y fortalecimiento de la muralla que continuaría hacia las piedras de Zamora, porque desde la misma esquina de la Torrecilla, arranca la calle que lleva el nombre de torre del Cid, hasta ahora indeterminada, pero la cerca pudo seguir por la derecha del pozo Cardona, hasta enlazar con el cubillo y cerrar el recinto.

Ya en la época de la Carpintería, la Torrecilla tenía la altura del suelo cuadro, seguramente achatada por las obras anteriores.

La confluencia de calles dió lugar a una plazoletilla que existe a continuación de la Torrecilla, con vecinos conocidos y compenetrados por desgracias comunes de fallecimientos y enfermedades. En la calle de la Torre del Cid, por donde el estanco del ciego, Casto el Zurrante. En la misma línea hacia la Puerta Cervera, el molinerillo Hermoso. Frente a ellos los primos Juan Pedro Pérez-Pastor y Quintanilla y Joaquín Vela Quintanilla y entre ambos la Inocenta la Serena, rodeando la manzana Gumersindo el herrero, casado con una Mazuecas y el tío Pití con una hermana de Juan Pedro, y el Cadáver, de las ramas del Pití y participante de los mismos quebrantos.

Todo en la vida tiene su intrínsecos que conviene conocer para comprender bien las cosas y la razón de abrirse en la Torrecilla este taller, fue la separación de Carretero y Sánchez, —Jesús Sánchez y Manuel Carretero,— carpinteros que trabajaron juntos durante 56 años y a los cuales me unió íntima relación desde pequeño y con sus hijos Heliodoro y Luciano por ir al zurra de los domingos con nuestros padres. Ahora me complace mucho publicar su fotografía juntos, pues aunque mala, los que les recuerden los conocerán y son de los que merecen figurar en



estas notas alcazareñas por derecho propio.

Entonces las relaciones eran muy humanas, como se dice ahora echando de menos lo que se perdió. Al maestro se le respetaba como a un padre y él se hacía respetar con normas de ejemplaridad, pero se convivía más fraternalmente y estos, cuando descargaban un vagón de madera, se cenaban unas buenas habichuelas con conejo todos juntos. Y lo mismo cuando caía algún pez gordo y hacían un ataúd de precio, lo celebraban de la misma manera y siempre remojándolas bien, porque era de ritual subir al cielo a los muertos y acostarse un poco templados, lo mismo que al cubrir las obras.

Dos de los comensales de estas cenas de Carretero y Sánchez eran Enrique Tejero y Bernardo Campo, el carpintero tartamudo y hombre gracioso por naturaleza, de los que no hacen nada en serio ni se alteran por ninguna clase de bromas como consta en esta obra. Un día estaban enmaderando una casa en el monte y fue Enrique al escusado y al salir le dice a Bernardo:

—Ahí te he dejado una liebre.

Alza la tapa Bernardo y contesta:

--Por lo que huele debe ser cuquillo. Pe...e,,, e...lalo tu.

Magnífica estampa de lo que era la vida del artesanado local.

Se trata del matrimonio de Jesús Sánchez y Sebastiana Cervantes con sus hijos, tan conocidos, comiendo en el patio de su casa bajo el toldo en un caluroso día de verano, los hombres a un lado, las mujeres al otro y por su orden según la edad. Heliodoro a la derecha y Sergio a la izquierda de Jesús y las chicas al lado de la Sebastiana, una de las siete hijas de Canuto, conocidas por las Golilalas, con lo que el apellido acabó en esa línea, lo contrario que hubiera sucedido si todos los hijos hubieran sido chicos en lugar de chicas que se hubiera extendido mucho más el apellido Cervantes.

Detrás de los comensales, de la cesta del pan y de la botella del vino, hay unas portadas y una puerta tendidas y apoyadas contra la pared, muestra de la obra realizada, que espera su colocación.

Obsérvese el parecido de las pequeñas con la madre y de los mayores con Jesús, las columnas de madera del reducido patio, las sillas de enea y el desigual piso que obliga a calzar la mesa.

Es el alentador ejemplo de los hogares que mantienen un cierto lustre con todos los trabajos del mundo.



La casa de D. Enrique

Casualmente he sabido que se vendió la casa de Don Enrique el médico, la de la vuelta de la lonja de Ceferino Tapia en la calle Resa, esquina a San Francisco.

No es nada raro porque todo cambia y acaba, pero aparte de haberla habitado muchos años Don Enrique, aquel hombre tan fino de modales que no tomaba ni el pulso a los enfermos por temor a molestarlos y más ahilado que Aurelio Cagalera al que en la plaza llamaban "El Lapicero", hay que recordar para los anales históricos de la Villa, que en casa de Don Enrique fue donde se hospedó Don Nicolás Salmerón cuando visitó Alcázar el domingo 27 de Diciembre del año 1903, en plena Pascua y cuando el cogollo de la fiesta estaba en el Altozano y en la calle de San Francisco.

Vino en el tren, a las cinco de la tarde, acompañado desde Quero por la Junta de Alcázar. Le esperaban en la estación varios miles de personas y la comitiva bajó por la Castelar, llegando a la calle Resa por la de San Francisco, cosa que deslumbraría no poco a Don Nicolás. Estuvo bien porque entrando por arriba, la casa es de las más escondidas de la calle y la calle en general de mucha menos vista.

Descansó allí brevemente para saludar a las numerosas comisiones de la comarca y fueron al círculo republicano, plaza de la Constitución, 1, a saludar a los socios, pues la causa fundamental del viaje, como jefe del partido republicano, fue el triunfo de la candidatura en las elecciones municipales celebradas el día 8 de Noviembre anterior, no por listas como se hace ahora absurdamente, sino por elección directa y mérito de las personas.

Desde el círculo subieron a la estación para asistir al banquete en la fonda y una vez terminado bajaron de nuevo a la plaza para celebrar en el teatro del casino el mitin anunciado, que empezó a las diez en punto ya cenados y todo.

Le presentó Orsini (Saturnino Díez) y hablaron otros, entre ellos el herenciano Don Tomás Romero como redactor de El Liberal.

Don Nicolás dedicó un recuerdo a su compañero y amigo Don Tomás Tapia y, aunque andaluz, era más hombre de cátedra que de tribuna, pronunciando un discurso filosófico-religioso-político, como solía hacerse entonces, pero que fue muy celebrado.

El mismo día 28 salió para Madrid acompañado hasta Villacañas por las representaciones del partido a las que expresó su satisfacción por las atenciones recibidas en tan culta población. Estas fueron sus palabras, ya olvidadas y esta la casa que nadie recordará.

Noticias Arqueológicas

Casualmente y gracias al interés de don Julio García Caballero que la guarda, hemos podido ver y entresacar algunas fotografías que reproducimos de VIDA MANCHEGA, entre ellas estas dos que hacen referencia a nuestra antigüedad más remota y puede ser útil a los venideros.

En esta primera hay un excelente grupo de campesinos, como se ve por la pinta, con sendas tartanas, que acompañaron al Académico de la Historia don Antonio Blázquez que en un viaje de exploración por La Mancha localizó en Villajos vestigios inequívocos de la antigua ciudad de ALCES (109 años antes de Jesucristo) viéndose en la fotografía indicios de tan antiguas murallas.

En el grupo aparecen de izquierda a derecha don Delfín Díaz, ex-Diputado Provincial, don Francisco Manzanares, don Domingo Macías, don Faustino López, Alcalde, comerciante de los antiguos, muy ligado a Alcázar, don Jerónimo Muñiz y don Restituto Díaz.

En las obras de don Antonio Blázquez que deseamos conocer, debe haber muchas referencias de estas exploraciones y de otras importantes. Ténganlo presente los jóvenes que puedan ponerlas a su alcance en los archivos y bibliotecas y dispongan de tiempo para ir a ellas.

Esta otra fotografía, de la misma procedencia, representa la parte posterior y ruinas antiguas de la ermita del Santo Cristo de Villajos.



Cementerios Alcazareños

Su significación e importancia

Todavía hay por aquí personas que recuerdan de oídas que los enterramientos se hacían dentro de las iglesias o en sus inmediaciones, en los llamados átrios o en sus proximidades, de lo que se originó el nombre de cementerios parroquiales, porque la parroquia no abandonaba al parroquiano ni en la vida ni en la muerte. Y ahí están todavía algunos de los espacios en que se enterraba.

Don Enrique Manzanque Tapia, el gran alcazareño y antiguo secretario cuyos apuntes históricos tenemos reseñados, decía que la reforma se realizó, como tantas otras, en la época de Carlos III y que fue motivada por la epidemia ocurrida en un pueblo de Navarra que atribuyeron los médicos a los miasmas que desprendían las sepulturas que había en las iglesias y que aspiraba el público asistente, apreciación que dió lugar después de largos trámites, a la disposición y órdenes apremiantes para que se construyeran cementerios fuera de las poblaciones, cosa que no fue fácil de lograr y la mayor parte de los construídos lo fueron durante la epidemia colérica que sufrió la península en el año 1834.

Por lo que respecta a Alcázar, en virtud de las órdenes apremiantes que recibía el Gobernador de esta Villa y del Priorato de San Juan, se puso de acuerdo con el Ayuntamiento y con los priores de ambas parroquias y a pesar de la resistencia del pueblo, se procedió a señalar terreno para la construcción de dos cementerios, uno para cada parroquia.

Se eligió para el de Santa María la capilla de San Juan, cortando el terreno que se consideró necesario para el patio descubierto y para el de Santa Quiteria, la ermita en construcción de San Sebastián, cortando también para el patio el terreno que pareció conveniente. Con estas designaciones se obtenía gran economía en las obras toda vez que se evitaban los gastos de construcción de las capillas. Las cercas de ambos cementerios debieron construirse al parecer de Don Enrique, en los primeros meses del año 1804, siendo reconocidas las obras por el aparejador del Gran Priorato de San Juan y por los médicos titulares emitiendo los siguientes informes.

“Don Joaquín Francisco Pérez, maestro aparejador de las obras del Excelentísimo Señor Infante Don Pedro en su gran Priorato de San Juan y matriculado en la Real Academia de las tres nobles artes con el título de San Fernando: Certifico haber pasado al reconocimiento de los cementerios de esta población, el uno situado y unido a la ermita de San Sebastián correspondiente a la Parroquia de Santa Quiteria y el otro unido a la capilla de San

Juan propia de S. A. mi señor, correspondiente a la parroquial de Santa María la Mayor. Y habiéndolo así ejecutado y medidos dichos cementerios con todo cuidado, hallo que el primero está cercado de tapia de mampostería de dos pies de grueso y ocho de altura, teniendo la línea que tira al norte 210 pies de longitud, la del oriente 130, la del occidente 51 y la del mediodía 250, formando todas cuatro líneas una figura cuadrilátera trapecia y según las referidas dimensiones, resulta de sus medidas que este cementerio tiene de área 203.700 pies cuadrados superficiales, de los que restando 53.200 del sitio que ocupa la referida ermita de San Sebastián, quedan útiles 150.500 pies cuadrados superficiales de área para la distribución y repartimiento de sepulcros de los que pueden colocarse 460, cuyo número es capaz para los enterramientos de los cadáveres que resultan en un año con otro y por un quinquenio, según la razón que para ello me ha remitido Don Antonio Millán, teniente de cura ecónomo de dicha parroquia. Es pues cierto lo que llevo expuesto, pero lo es igualmente que en toda el área o superficie del referido cementerio, a donde deben hacerse los enterramientos, para reconocer su terreno se han hecho varias excavaciones en diferentes puntos a la profundidad de 4 pies, resultando de estos que la calidad del referido terreno, generalmente es gredoso y arcilloso, mezclado con algunas piedras sueltas, aunque pequeñas, y de consiguiente muy sólido y duro y trabajosa la construcción de cada sepulcro. Y en lo más profundo de los dichos cuatro pies, se descubre, según he reconocido, algún banco de piedra cuajada, por lo que entiendo no ser a propósito el referido terreno, para el efecto por los motivos que llevo explicados. En punto al segundo cementerio que corresponde a la parroquia de Santa María la Mayor, que como llevo dicho se halla situado y unido a la expresada capilla de San Juan, contigua al Real Palacio de S. A. también es su forma cuadrilátera, cercado de paredes de mampostería de dos pies de grueso y ocho de altura, siendo las dimensiones de sus líneas, la del oriente 120 pies y medio de longitud, la del mediodía 105, la del occidente 136 y medio y la del norte 79, resultando de estas medidas 123.822 pies cuadrados superficiales de área, que restado de ellos 20.690 del sitio que ocupa la capilla, quedan útiles 103.132 pies para el repartimiento de sepulturas que pueden colocarse hasta el número de trescientas, las que juzgo suficientes con arreglo a la razón que me ha remitido el Sr. Cura prior de dicha parroquia, de los difuntos que resultan en ella y por término medio en un quinquenio. Y en punto a la calidad de su terreno, en esto no hay dificultad, pues habiéndolo igualmente reconocido con excavaciones profundas, lo hallo muy a propósito para el efecto. Es cuanto puedo decir en punto a lo correspondiente a mi profesión y para los efectos que convengan lo firmo en Alcázar de San Juan y Agosto 30 de 1804 —Joaquín Francisco Pérez—”

Informe médico:

“Los doctores Don José Ignacio Climent y Don Juan Calderón, médi-

cos titulares de la Villa de Alcázar de San Juan; Certificamos: Que de orden del señor Gobernador de esta Villa de Alcázar y del Gran Priorato de San Juan, nos constituímos en los sitios llamados cementerios o camposantos, el uno sito en la parroquial de Santa María y el otro en la de Santa Quiteria y habiéndoles reconocido con el mayor cuidado, vimos y observamos que ambos están enteramente cercados de tapias de una altura regular, que terminan y se unen las de aquel con la ermita de San Juan y las de este con la de San Sebastián, que la tierra que ocupa el primero es floja y dócil, la que fácilmente sufrirá cualquier excavación aunque sea muy profunda, capaz y apta para absorber los miasmas de los cadáveres que en ella se entierren, pero lo contrario sucede con el suelo del segundo, cuya tierra es gredosa, apretada y muy difícil de excavar y por lo mismo la tenemos por inapropiada para que en ella se abran sepulturas que tengan la hondura necesaria para el enterramiento de los cadáveres y su pronta corrupción o descomposición.

Además, los susodichos cementerios están tan cercanos a las casas de esta población, que por algunos de sus costados distan pocos pasos de ella y esto, es otro motivo muy poderoso que impide se entierren en su campo los difuntos estando a lo literal de la orden circular comunicada el 26 de Abril próximo, la que dice así: "Se deben construir los cementerios fuera de las poblaciones y a la distancia conveniente en parajes bien ventilados." Y a la verdad que los dos precitados camposantos carecen de estas circunstancias y condiciones, y en esta atención nos parece se debían construir al menos a la distancia de mil pasos del pueblo con el objeto de que los átomos podridos que expiden los cadáveres desde sus sepulcros, comunicados al aire atmosférico tengan lugar de disolverse esparciéndose por todas partes antes que lleguen al casco de la población y se reciban por los habitantes de este común de vecinos, pues no cabe la menor duda que practicándose como queda narrado, los corrompidos álitos (h) cadavéricos perderán en esta hipótesis, en el todo o en la mayor parte la fuerza y eficacia de su corrupción, logrando de este modo las mayores ventajas respectivas al beneficio de la salud pública.

Y finalmente, juzgamos por muy conveniente que los sitios que elijan y señalen para la nueva construcción de los cementerios hayan de ser aquellos que asegure el nombrado arquitecto, tener las condiciones y cualidades a fin de que en sus respectivos suelos se hagan prontamente y a poca costa las debidas profundas excavaciones para el enterramiento de los cadáveres y su pronta consunción, o desecación. Así lo sentimos y firmamos en la referida Villa de Alcázar a 4 de Septiembre de 1804. Dr. José Ignacio Climent—Dr. Juan Calderón.

Por lo que resulta de las precedentes certificaciones, las obras no fueron aprobadas porque ambos cementerios se hallaban muy próximos a la población y además porque la calidad del terreno del de San Sebastián no era a propósito para enterramientos.

Ya fuera porque se careciera de recursos como es lo más probable, dice Don Enrique, gran conocedor del paño, o ya por fanatismo religioso o por otras causas, lo cierto es que después de hechos y reconocidos los dos cementerios en el año 1804, quedaron sin abrirse y se siguió enterrando en las dos iglesias parroquiales y en las de los conventos de San Francisco y de la Trinidad hasta el año de 1813 que se principió a enterrar en los repetidos cementerios de San Juan y de San Sebastián según resulta de los libros parroquiales.

En el correspondiente a la parroquia de Santa Quiteria aparece que el último cadáver que se enterró en dicha iglesia fue el de Agueda Ligeró, hija de Juan y de Vicenta Leal, el día 10 de Enero de 1813 y el primero que se enterró en el camposanto de San Sebastián fue el de Francisca Castellanos, viuda de Agustín Martín de Madrid el día 20 del mismo mes y año.

Esta partida tiene al margen una nota que dice:

"Es la primera que se enterró en el camposanto por orden de los franceses".

Por más que en el centro de la partida también dice que se enterró en el camposanto.

A las dos o tres hojas de esta partida aparece otra del enterramiento del niño Rufino Muñoz Serrano, de 12 años, la que tiene una nota que dice:

"Se enterró en el cementerio el día 24 de Mayo de 1813, sacado o desenterrado por la familia que lo llevaron a la Iglesia y la autoridad mandó que lo volvieran a enterrar en el cementerio ; fue el primer motín del pueblo por enterrar en el cementerio"

Se deduce de la dicha nota que hubo más de un motín o tumulto puesto que expresa que aquel fue el primero.

En el libro correspondiente a la parroquia de Santa María resulta que el último cadáver que se enterró en la Iglesia fue el de Ramón Perona, de 24 años, casado, el día 21 de Enero de 1813 y el primero que lo fue en el cementerio de San Juan, se llamaba José García Testón, casado, de 30 años el día 23 del mismo mes y año. También resulta, nos dice el minucioso don Enrique que en el repetido mes de Enero y aún en Febrero, se enterraron algunos cadáveres en el atrio de la Iglesia.

Por las notas que tienen las partidas de enterramiento de la parroquia de Santa Quiteria, se deduce que el Jefe del cantón militar del ejército francés, que residía en esta población, comprendiendo lo perjudicial que era para la salud pública enterrar en las iglesias, dió orden para que desde luego se procediera a enterrar en los dos cementerios por más que no reunieran las condiciones debidas. Y como el pueblo no pudo oponerse a esta orden porque el general disponía de la fuerza no tuvo más remedio que acatarla y enterrar los cadáveres en los nuevos cementerios, después de ocho años y siete meses que llevaban hechos y sin usar los cementerios, siendo presumible que las autoridades no se atrevieron a utilizarlos por no haber sido aprobadas las

obras y temer que se alterara el orden público como se desprende de lo ocurrido con el niño Rufino Muñoz, tal era la resistencia que hacía el pueblo a los cementerios y la excitación de ánimos que reinaba en aquellos tiempos, debido todo al fanatismo religioso.

Desde el año 1813 vinieron enterrándose los cadáveres en los repetidos cementerios de San Juan y San Sebastián, pero en vista de lo insuficientes que eran, de su proximidad a la población y de que la calidad del terreno del último no era a propósito para el objeto, dando lugar a presenciar que algunos restos que se sacaban se encontraban los cadáveres sin consumir, porque además no había orden ni concierto en la apertura de sepulturas y en vista de tantas deficiencias, el Ayuntamiento del año 1866, pensó construir un cementerio general para todo el pueblo, llegando a tomar acuerdo y nombrando la comisión facultativa para elegir terreno que fuera más a propósito, cuyo proyecto quedó en suspenso por falta de recursos pero al constituirse el Ayuntamiento de 1869, teniendo en cuenta que por las leyes era de sus atribuciones el servicio de cementerios, que hasta entonces venía a cargo de las parroquias, atendiendo también a las muchas reclamaciones que hicieron los vecinos y habiendo obtenido del Gobierno de la Nación los recursos suficientes para emprender las obras, cuyos recursos eran procedentes del capital que tenía este pueblo en la Caja General de Depósitos de la tercera parte de sus bienes de propios enagenados, acordó que desde luego se procediera a la construcción del nuevo cementerio por no ser posible diferir por más tiempo un servicio de tanta importancia.

Sin levantar mano se nombró la comisión para que eligiera el terreno y hecho así se llamó a dos ingenieros con objeto de que levantaran los planos e instruyeran el proyecto de las obras. Evacuado este trabajo, se procedió enseguida a ejecutar aquellas por administración, dándolas por terminadas en el mes de Agosto de 1870.

Considerando el Ayuntamiento que era necesario para el buen orden del cementerio dictar un reglamento para su régimen interior, se nombró al efecto la comisión correspondiente y terminado el proyecto lo presentó a la corporación y fue aprobado con fecha 20 de Septiembre del expresado año de 1870. Los concejales que lo autorizaron fueron los señores siguientes: Don Andrés Mazuecos, Alcalde Presidente, don Santiago Millán Jareño, primer Tte., don Serápío Cárdenas, segundo Tte., Regidores don Gumersindo Manzanque, don Teodoro Baíllo, don Petronilo Arias, don Vicente Moraleda, don Pantaleón Atienza, don José María Alcañíz, don Andrés Pozo, don Leoncio Raboso y don Juan Comas y el Secretario Antonio Castellanos.

Este reglamento que consta de cinco capítulos y cuarenta y tres artículos y dos adicionales, se remitió a la aprobación del Gobierno Civil de la provincia de Ciudad Real que, informado favorablemente por la Excelentísima Diputación Provincial, la obtuvo con fecha diez de Octubre de 1870,

siendo autorizado por el Sr. Gobernador que lo era don Alberto Aguilera Velasco, después Ministro y Gobernador, y popularísimo Alcalde de Madrid tantas veces.

El nuevo cementerio se inauguró solemnemente el día 20 de Octubre de 1870 asistiendo al acto todo el Ayuntamiento y las autoridades del orden civil y militar y después de leerse el reglamento se pronunciaron dos discursos, uno por el Alcalde y otro por el Diputado de las Cortes constituyentes don José Antonio Guerrero Sardeña, leyéndose también una carta alusiva al acto remitida desde Madrid por don Tomás Tapia, natural de esta población y catedrático de la Universidad Central. Discursos y carta que son mucho menos importantes de lo que se consideraron por las gentes, porque lo trascendente era el acto en sí y la firmeza de sus organizadores, ya que los ambiguos conceptos filosófico-religiosos de don Tomás, fueron los mismos que difundía en las reuniones de Manzanares, de aquí y de otros puntos y que dado su espíritu catequista y ejemplaridad convincente, formaron un estado de opinión de la que nadie en Alcázar puede decir que se encuentre libre aunque sea inconscientemente.

El cementerio continuó rigiéndose como era natural, por el reglamento aprobado para su régimen interior, pero el clero y sus adictos no estaban conformes con el carácter puramente civil que se le había dado por más que uno de los artículos adicionales del reglamento autoriza a bendecir las sepulturas de los que fallecieran dentro del gremio católico, y aprovechando la reacción política del año 1875 consiguieron que se le diera el carácter de Católico, recibándose en el Ayuntamiento las órdenes oportunas para que se llevara a cabo la indicada reforma y el 26 de Diciembre del indicado año 1875, fue bendecido por el Sr. Vicario eclesiástico del partido, asistido de los señores curas párrocos y de todo el clero, declarándolo católico.

Para cumplir con las disposiciones vigentes, se habilitó un sitio contiguo a aquel para enterrar a los que fallecieran y no pertenecieran a la iglesia católica.

Así las cosas, el Ayuntamiento del año 1888, considerando que el sitio indicado no era decoroso para depositar restos humanos y además no reunía condiciones para el objeto, acordó construir un cementerio civil al lado del católico, que era lo que estaba dispuesto en las leyes vigentes y en su virtud se procedió a formar el presupuesto de las obras, ejecutándose estas por administración y terminándose en Abril del repetido año de 1888, abriéndose al público en Mayo del mismo año.

Para el orden del expresado cementerio se dictó un reglamento que fue aprobado por el Ayuntamiento en la sesión ordinaria del 14 de Abril del expresado año, estando autorizado por don Antonio Castillo, Alcalde Presidente; don Santiago Ortiz, primer teniente; don Marcial García Alejo, segundo teniente; don Juan Carrascosa, tercero y Regidores don Juan Bautista Peñue-

la, don Joaquín Vela, don Petronilo Arias, don Francisco Vaquero, don Angel Córdoba, don Manuel Paniagua, don Fulgencio Barco, don Lucio Vaquero, don Francisco Antonio Paniagua y don José Pastor y por el Secretario don Enrique Manzaneque.

Tal ha sido la historia de los cementerios en Alcázar desde su creación en virtud de lo dispuesto en la Real Cédula de 1787 hasta el día, pudiendo estar satisfechos los habitantes de Alcázar, dice don Enrique, de que este servicio se halla a gran altura, comparado con el que tienen muchos pueblos, porque los dos cementerios, tanto el católico como el civil, son admirados por cuantos forasteros los visitan y son honra de la población porque quien honra a los muertos se honra a sí mismo.

¡Qué amor sentía Don Enrique por Alcázar y cómo palpita en sus expresiones. Fue un hombre de relieve social más bien escaso, como todo hijo de la Villa hecho al trabajo y a la obligación, en una larga lista de Procuradores que culmina en Tururú, culos de hierro de nuestras oficinas que encarnaron durante siglos nuestra exclusiva y honesta juridicidad. Sus mismos hermanos, que él ahupó, brillaron mucho más pero su carácter, su conocimiento, su interés por las cosas y su voluntad para cumplirlas, eran insuperables. Ya se habló de él en diversas ocasiones como alcazareño de pro y lo demuestra el hecho de ser el único que nos ha dejado documentos y observaciones certeras de su época y de lo que percibió de las anteriores. Y pocos pasos firmes se podrán dar en los estudios alcazareños sin contar con él.

En el libro anterior publicamos una nota descriptiva de la fachada de este cementerio que curiosamente guardaba entre sus apuntes Agustín Paniagua en los que dice que la fachada principal solo la compone una gran reja con puerta en su centro y sobre esta, es su parte de dentro, un grande templete, todo ello de hierro forjado con adornos de hierro fundido por la parte de fuera y en la parte superior del montante de la puerta con letras de bronce, la siguiente inscripción:

**“EN DIOS NACEMOS; EN DIOS MORIMOS Y EN DIOS
RENACEMOS A OTRA VIDA MEJOR”**

Inscripción por demás elocuente sobre el origen y realización de este cementerio y que contiene en germen la ideología liberar alcazareña y lo que es más importante, su ética y tono moral de su conducta que le dió una solvencia inigualable a lo largo de su vida que fue garantía de su rectitud, de su honestidad y de sus honorabilidad insuperables.

Recuerdo que al pasar, en el portal del cementerio, debajo de la cúpula, siempre corría aire fresco y resonaba en el silencio haciendo más perceptible y medrosa la soledad de los muertos y lo helado de sus huesos, pues co-

mo la fachada está al norte y la verja no impedía el paso del aire, se notaba fresco en todo tiempo. Contribuía a este efecto el quitarle el sol poniente la pared del otro cementerio y la de su propia cerca interior y la menor concurrencia de vivos y de muertos. Realmente todo el cementerio civil producía la impresión de un panteón, habitación o salón cerrado como cenobio de trapenses, donde la muerte no se olvida y se la invoca de continuo demandando para ella la piedad divina.

Le faltó al Cementerio bendecido otra inscripción al entrar que hubiera dicho:

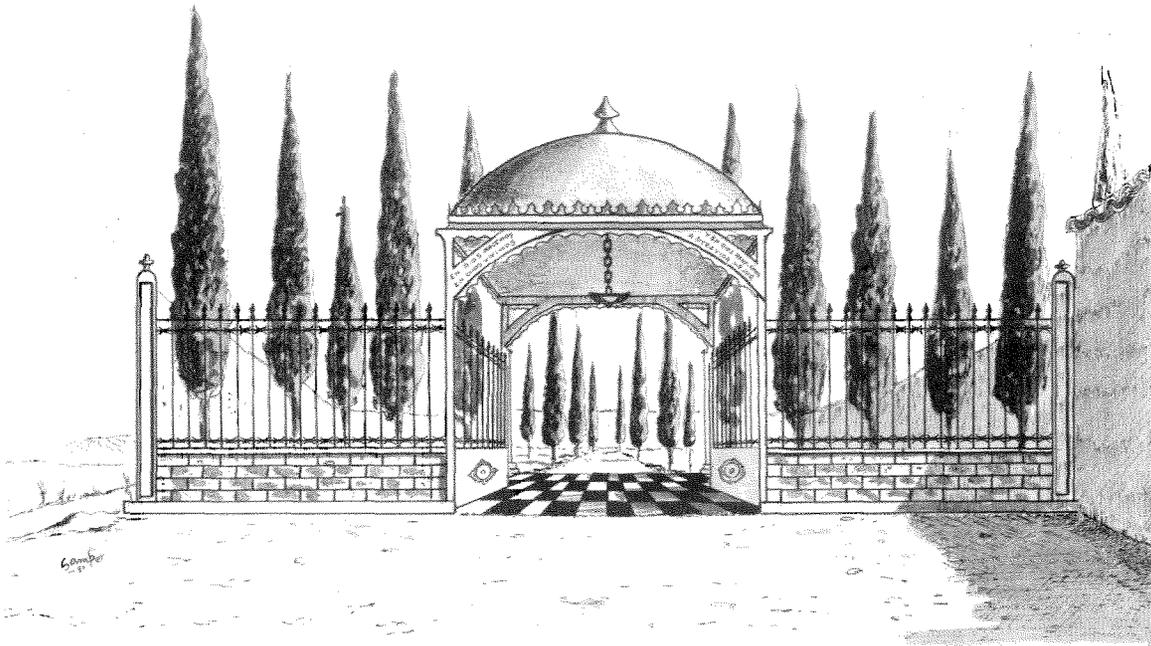
CREO EN EL PERDON DE LOS PECADOS, EN LA RESURRECCION DE LA CARNE Y EN LA VIDA PERDURABLE. AMEN.

Pero la pasión impedía la claridad y no dejaba ver la necesidad.

Entonces se decía que las ideas no delinquían y se proclamaba muy alto ese principio respetándose por todos.

Después esas mismas ideas, han sido muchas veces motivo de sentencias capitales sin tomarlas en consideración ni someterlas a juicio. Así es la humanidad.

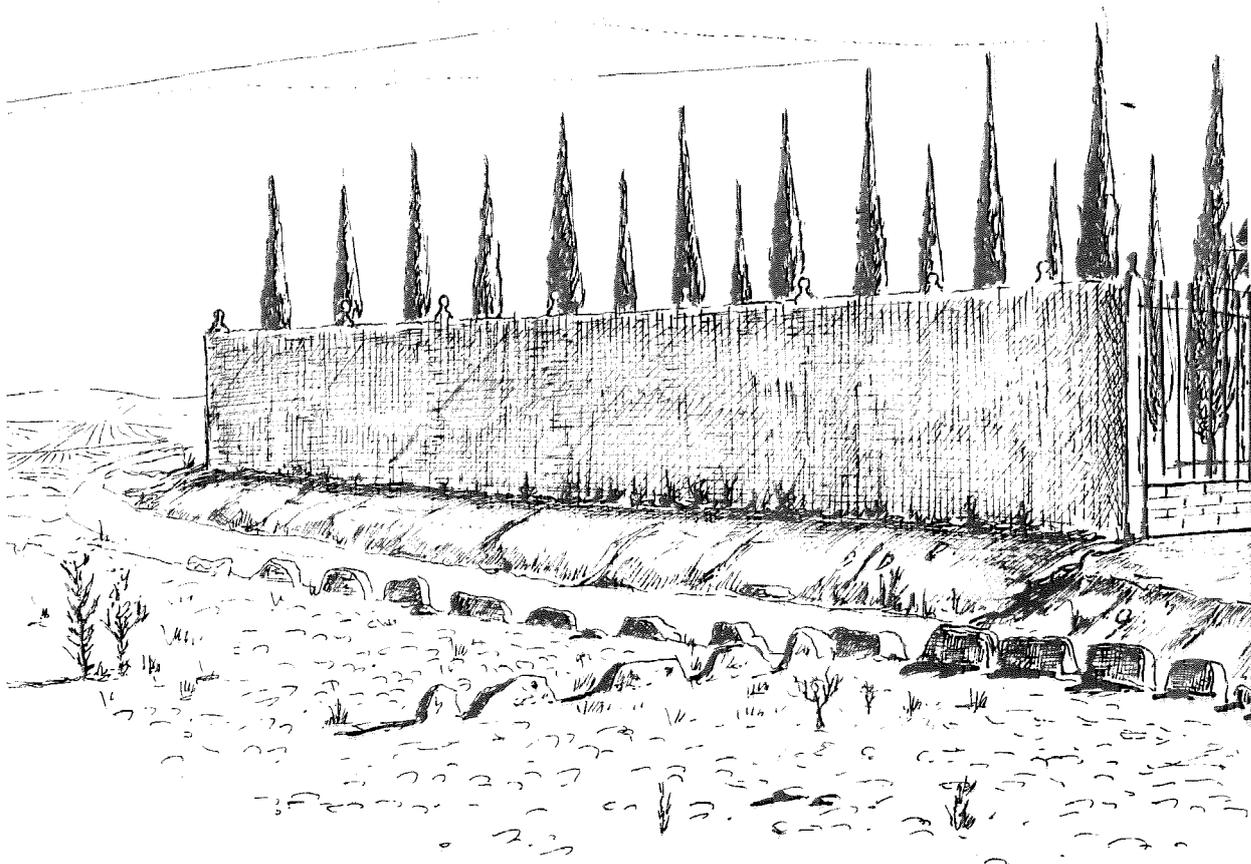
El cementerio civil alcazareño era una obra exótica, como otras de la comarca, que no tenía nada de manchega, como el palacio de Bazán del Viso, que lo hizo porque pudo y porque quiso, sin que la Marina, de la que es archivo actualmente, jugara ningún papel en el asunto, pero donde se ven las grandes influencias que las hazañas marítimas ejercieron en la obra. Y aquí, con menos arrogancias, con muchas menos, se veía la influencia de las ideas liberales del siglo XIX español y medio se comprendía la biografía del alcazareño sacerdote Don Tomás Tapia Vela, hasta ahora incomprendible pero explicable por la posible mediación de Don Antonio Castillo que era cuñado suyo y masón calificado como puede comprobarse en el mismo cementerio y en otros documentos, que debió ponerlo en contacto con aquella media docena de sacerdotes y otros tantos filósofos seculares de no menor espíritu religioso que irradiaron desde la Universidad y avalaron con su conducta monástica, los más puros y convincentes ideales, de los cuales era expresión la frase que en letras de bronce pusieron en la puerta de nuestro cementerio. Y hay que decir que por similitud con aquellas sociedades secretas y el proselitismo que ejercieron aquí y en los alrededores, favorecidas por la ignorancia, proliferaron otras actividades de las que no se hablaba mas que entredientes por su oculta grandeza, como el espiritismo, el curanderismo y el celestinismo que no han dejado de actuar. Era, pues, además de un monumento, un símbolo y un testimonio acreditativo de la evolución del pensamiento alcazareño en su historia contemporánea, como lo era el arco de la plaza, aunque lo tiraran los mismos republicanos que lo hicieron y que no te-



El cementerio civil de Alcázar tal cual era, visto de frente. Formaba su fachada una reja como de coro de catedral, algo más opulenta que representa este excelente dibujo de Samper y le estorbaba únicamente una cosa, el sol de la mañana, porque aquel silencio frío, la soledad y la umbría interior, amiga de la herrumbre, se perjudicaba con el sol radiante que calcina y resquebraja las cruces y las piedras, cubriéndolas de hierba feraz, por hacer brotar la vida desde el mismo pudridero, como una resurrección vital que crea nuevas formas con los mismos elementos descompuestos, por eso le favorecía la tarde y lo hacía más imponente y medroso la luz crepuscular, el aire colado por entre los hierros de la verja y el rodar del tren al pasar por la casilla de Mentirola, que hendía los espacios denotando con su eco lo remoto de los otros mundos.

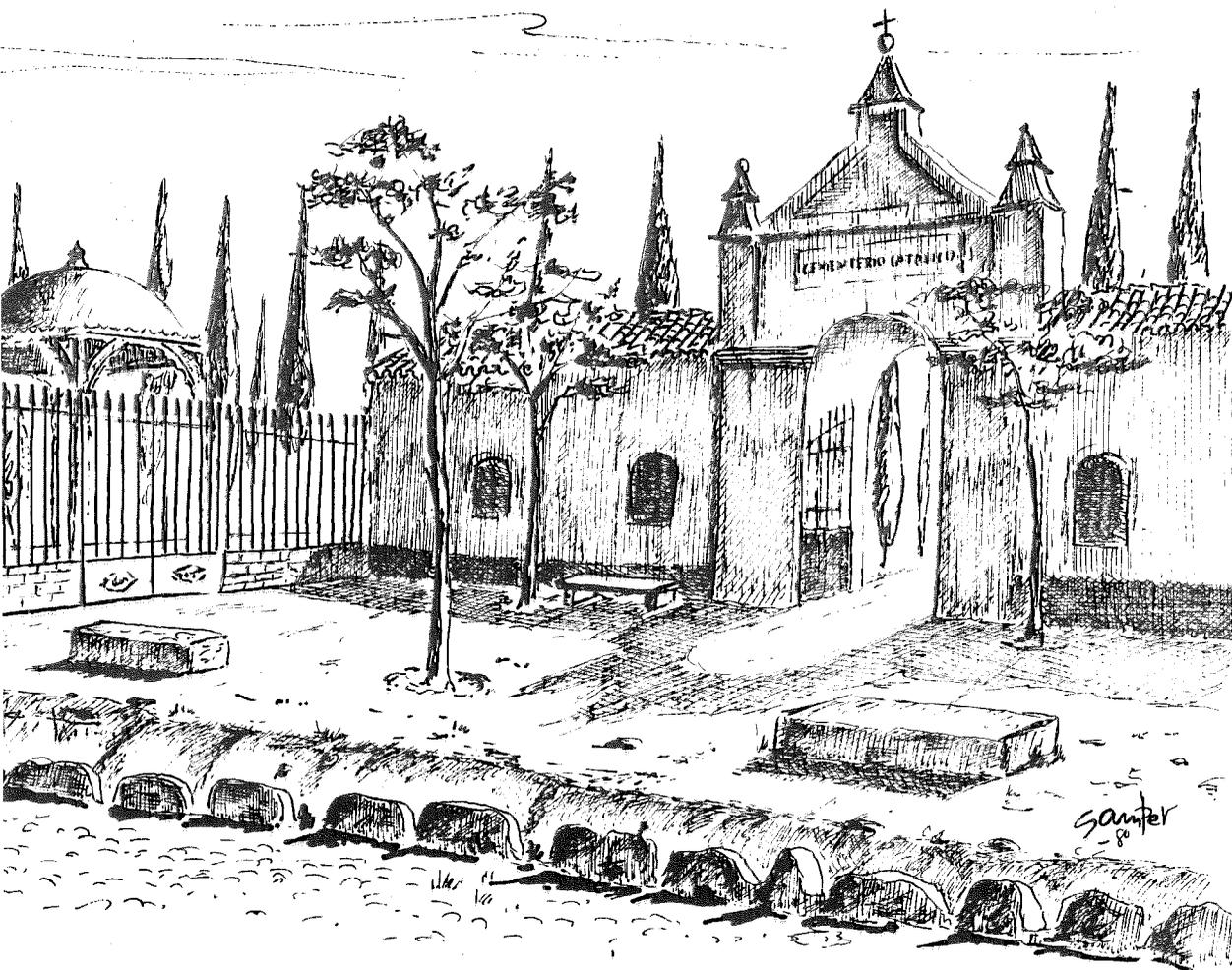
Nuestro prestigioso pintor José Luis Samper nos da una idea clara del aspecto exterior de este cementerio singular que era claramente visible desde la calle por los claros de su reja y puerta y que desapareció sin dejar ninguna huella de lo que fue, fenómeno habitual en Alcázar con todas las cosas que tuvieron alguna significación en su existencia.

Es un acierto del dibujante dejar la cancela abierta para representar la entrada y el zaguán tal como era y se necesitaba cuando los féretros se llevaban a hombros o de las asas entre seis personas que debían entrar todas a un tiempo. Se ve así el embaldosado de losas blancas y negras, la lámpara del techo y el paso a la tierra del cementerio, donde la vida sigue tan activa como en el exterior, en una transformación continua de sus elementos, con desaparición de unas formas e instauración de otras, por el breve tiempo del ciclo vital de cada una.



Ante la perspectiva magnífica de la entrada de nuestros cementerios, el daño causado por la arbitrariedad municipal desmontando el cementerio civil formaban solamente esa gran escuadra, estaban fusionados por el fragor de las bombas que ellos irradiada continuamente a la villa.

La parte frontal de este dibujo, que es el cementerio primitivo, está probablemente interpretada por Samper. El cementerio civil está visto lateralmente de los muertos o "la tumba" y se utilizaba únicamente en los casos de muerte o cogidos de las asas. Era característica la figura de Engalgaliebre el padre, Silvera de los labios.



s, representada por Samper en su exacta realidad, comprenderán los alcazareños vil y quitándoles todo su carácter a los dos, porque no eran tan individuales ni luchas antagónicas que les daban calor y vida ciudadana reflejada en ellos o desde

tomada de una fotografía de LA HOJA PARLANTE publicada el año 1907 admitiendo y falta la carroza fúnebre que solía estar hacia el rincón y se conocía por el carro portuista, pues los féretros se llevaban siempre a hombros de los familiares y amigos estre, engatillado y pegado a la vara de la tumba, con el pito insalivado en la comi-

nía nada que ver con la historia antigua de la Villa aunque hiciera juego con ella, cosa que debe fijarse y puntualizarse para evitar confusiones y extravíos de la opinión con afirmaciones hechas a la ligera.

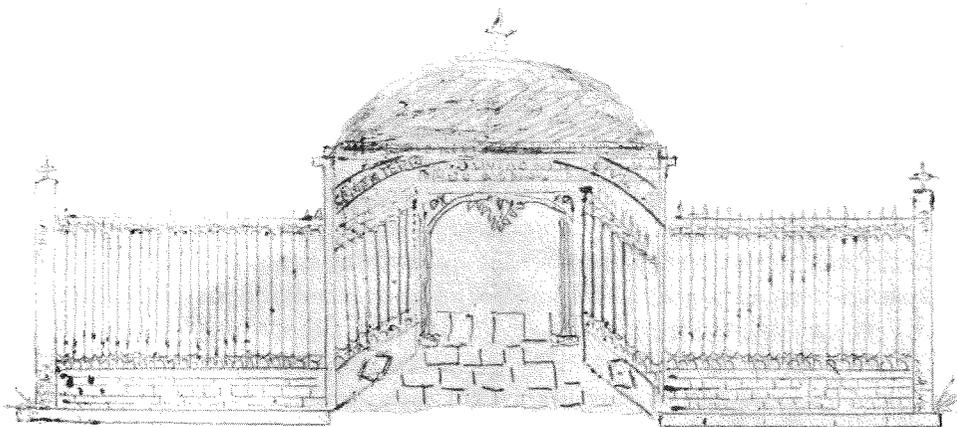
Grandes posibilidades se le ofrecen a los estudiosos para desentrañar nuestros problemas ideológicos recientes, porque el cementerio civil alcazareño no fue único en su instalación aunque lo fuera en su ornamentación. Y tienen también amplio campo en comprender nuestra vida anterior, los núcleos judíos, los núcleos árabes, la mezcla de razas, las divisiones tajantes, los caracteres antropológicos de pueblo a pueblo que fundamentan sus costumbres y las cualidades de cada terreno que es base de su existencia.

El hombre de por aquí, dependiente del terrón y de la voluntad de Dios, ha conservado poco de su pasado y es más fácil encontrar sus huellas en los archivos generales que en su propia residencia. La misma historia de Don Tomás Tapia, que es tan reciente y tan ramificada, no hay modo de encontrar ni un detalle que nos diga su verdadera posición y que nos explique con seguridad sus inexplicables cambios, cómo vivió, cómo se crió y cómo evolucionó. Con quien jugó aquí, a que escuela fue, cuales pudieron ser las crisis de su alma, porque todo ello es de nuestro tiempo y sin embargo todo desconocido, estando todavía calientes las sepulturas de los que vivieron con él.

Este croquis, como diría Heliodoro, de la fachada del cementerio civil, se debe a Coralio Paniagua y es puro recuerdo, pero de un realismo preciso y exacto, porque Coralio es un alcazareño único que ha visto correr mucha agua por la Mina, con el pensamiento ausente, como el que ve de llover, y me permito la satisfacción de dedicarle estas notas, sin decir todo lo que quisiera y debiera en favor de la historia local, porque la flaqueza humana obliga a omitir las mejores cosas hasta que se muere uno. Y cualquiera mata a Coralio con lo revoltoso que era y rematado de malo, siempre en la calle, en el Altozano, en las eras o en las monjas haciendo diabluras hasta que la vida le fue suavizando y ahora está como un guante y con la experiencia de los coscorriones dados y recibidos.

Es hombre de experiencia que le tocó empezar a cosechar apenas nacido y tiene fama de ocurrente y observador. Es mozo y se ha quedado solo como todos los viejos, para hablar con las paredes y, además, ha perdido la voz para aumentar su concentración y su meditación, con lo que ganan sus recuerdos en precisión y minuciosidad, incluso en las cosas, como esta reja del cementerio, que se miran siempre y se ven en conjunto durante toda la vida sin fijarse en detalles, como pasa con las cosas que cada uno tiene en su calle.

El nombre de Coralio ha sido siempre sonado, al principio por sus travesuras y luego por el ingenio. Y por ese son llevan otros chicos ese



nombre en la Villa. Y el suyo es porque su padre elegía mucho los nombres de sus hijos, pero este es otro rasgo local que quisiera estudiar algún día.

Casineó mucho y el estar en la calle no debió ser una casualidad sino una necesidad y la misma que le conservó soltero y le hizo mordaz, el rechazo instintivo de los injertos y los trasplantes que le hizo sentir y compensar desde la infancia la fría soledad.

Todo ello le dejó un sedimento que es la experiencia, la amarga experiencia que no todos toman y es tan cara que cuesta la vida y aprovecha poco porque todo el mundo cree vanidosamente que lo suyo será distinto, pero aún así sería de desear que Coralio nos dejara antes de morir una síntesis de las enseñanzas que cosechó y del resultado que le dieron.

Se nota que es viejo porque filosofa pensando en su vida y como no fue chico de mesa camilla y gachejas de azúcar que están mamando hasta que ellos mismo se destetan y luego salen sin hacer, como los melones tardíos, sino chico de la calle, cuando ya entró en la quinta se subió al casino y viendo a la gente se le ocurrió aquello de que la vida es nacer, entrar en la quinta, casarse y morirse, pero con el tiempo fue viendo que todo el mundo tenía amigos y enemigos y que los que no los tienen son los bobalicolones, porque lo natural es tener de todo y darse cuenta que, a veces, un buen enemigo, hace mas favor que el mejor amigo, porque te espabila y te hace de perfeccionarte o al menos te impide dormirte en los laureles.

En las relaciones humanas aprendió que en el mundo de antes, como en el de ahora, hay personas buenas, aunque pocas, y de las otras, todas las demás.

A las amistades buenas que todo el mundo tiene alguna, no se debe recurrir muy a menudo porque se deterioran con el uso. Hay que conservar-

las como los trajes nuevos, para los acontecimientos familiares o las fiestas más señaladas. Y agrega, yo, como todo el mundo, las tengo también, pero para diario me voy arreglando con las otras, con las regulares tirando a tercio, porque resultan más amenas y divertidas y sobre todo atentas, informando de todas las cosas, principalmente de las malas. Hoy un hombre cabal y justo que es lo que yo considero un hombre bueno, está en desventaja con los demás de éste mundo por el proceder de todos y ese afán nuevo de querer colocarse arriba en muy poco tiempo, cuando los antiguos, poco a poco tardaban toda su vida y daba tiempo a que se acomodaran las cosas unas con otras sin producir disturbios.

No puede hablar Coralio pero no está mal de ojo ni de vista y ahí queda el croquis que lo acreditará para toda la vida, pero en Alcázar han prosperado poco las relaciones amistosas o familiares. En las uniones que se han establecido para trabajar o negociar fueron habituales los rompimientos y todos por la causa única del abuso de una de las partes, hasta que la otra se cansó y rompió el cántaro. Es chocante y estaría bien que la agudeza de Coralio nos aclarara esa relación. Yo creo y no lo creo a humo de pajas, *que las uniones se han roto siempre en efecto porque alguna de las partes abusaba de la otra.*

Esta es la referencia cierta de nuestros cementerios recientes aunque no se haya sentido el deseo de respetarlos cerrados, pues no iban a ser los muertos lo único que perdurara en Alcázar. Lo que no sabemos, salvo lo de las piedras de Heliodoro, es donde se enterrarían los moros y los judíos, pero por ahí andarán.

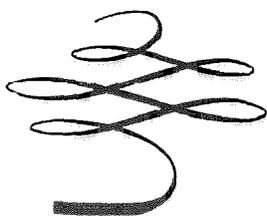
Con posterioridad a las anotaciones de don Enrique, los cementerios han sufrido cambios y han seguido siendo, no motivo, sino expresión de los antagonismos ideológicos de la Villa, que se manifestaron allí precisamente en su iniciación o mejor dicho, alcanzaron con ese motivo manifestación resonante y hasta ruidosa, a pesar de la ponderación y de las relevantes cualidades de las personas que mediaban, pues solo con leer los nombres de los comisionados para estos proyectos, se queda uno dispuesto a otorgar cuanto propongan sin la menor objeción, pero ellos entre sí no cedían ni un ápice de sus posiciones. Y ahora que he tenido que ir al cementerio, me han llamado la atención muchas cosas reveladoras de los encarnizamientos inexplicables. La primera, por ser con la que se tropieza nada más llegar, es la de haberle quitado al cementerio civil todo su carácter y haberlo convertido en un rincón del corral con portafilla y cerca de mampostería. ¿Qué importa que hayan tirado la pared? Si no es eso. Arrojar la cara importa que el espejo no hay por qué. Es la civilidad, la civilización, la cultura, la compenetración, la tolerancia, la convivencia, no tirar la pared de tierra y levantar otra de mármol ostentosa y demostrativa de la Real gana, de la guerra de los muertos y de tirárselos a la cara acreditando y demostrando que no reina la paz entre

los vivos y que el tirar la pared no significa borrón y olvido, sino recuerdo y perennidad de sentimientos nefandos.

Que poco conocimiento de quien lo hiciera y que falta de sensibilidad, porque se trataba de un monumento funerario único en La Mancha y que precisamente por eso necesitaba su cerca interior para mantener su ambiente de intimidad recoleta y conventual. ¿Qué alocado atrevimiento fue ese de quitar la gran verja de su fachada, que no era una reja cualquiera, sino una baranda monumental que iba de punta a punta, con una cúpula central que cubría el amplio zaguán y daba a todo el cementerio aspecto señorial y solemne, como de panteón Real, (Real por Regio y real por efectivo), sobreacogedor, que no se parecía a ninguna otra construcción de la Villa, salvo cierta semejanza con algunos panteones de hierro de los antiguos hidalgos.

El cementerio civil alcazareño no era el "corralillo" o rincón apartado de los demás cementerios, donde enterrar a los disidentes, los suicidas o los desconocidos que transitaban accidentalmente por la localidad, no, el cementerio civil alcazareño era un verdadero monumento funerario, un panteón colectivo, solemne, señorial y respetable.

Para conformidad de los conocedores que aprecien las diferencias de estos dibujos, debe hacerse constar que el de Coralio, con la verja mayor, más recargada de hierro y más solemne, se acerca más a la realidad de lo que fue, con perfecta fidelidad a su recuerdo, como es más exacta la verja en la vista lateral que en la frontal de Samper, pero entre los tres dibujos transmitirán a la posteridad la imagen real de lo que el cementerio, llamado de chaleco, representó en la vida alcazareña.



El hijo muerto

¡Qué patetismo el de su desaparición!

El ilustre manchego, provincial de la Compañía de Jesús, P. Juan Martín de Nicolás, me decía: Esta es la hora de la fe en el nacer y en la inmortalidad, la única luz que a médicos y sacerdotes nos recuerda con frecuencia el misterio de Dios.

Emilio Paniagua, llevado de los más puros sentimientos de fraternidad, dedicó a mi hijo la siguiente nota necrológica, que por lo sentida, veraz y conmovedora, la incluyo en este primer libro que sale después de su muerte y que quede su recuerdo en esta obra y me sirva para reiterar las gracias a cuantas personas expresaron sus sentimientos o los testimoniaron con su presencia en el acto multitudinario del entierro.

IN MEMORIAM: RAFAEL MAZUECOS LEFORT

“Cuando aún no se cumple el año, del óbito del que fue su hermano y recordado Roberto, la Fundación de este racial apellido, sobrelleva un nuevo trance doloroso, que prende, no digamos en los suyos y en el círculo de amistades, sino que extiende la bruma del sentimiento general por toda la población.

Ya que la población misma, se siente ligada a la dinastía de Rafael Mazuecos Pérez-Pastor, tanto por el amplio campo de la profesionalidad de esta casa,

* * *

Con los datos obtenidos en sus viajes por todo el mundo, pudo escribir una serie de relatos de la mayor importancia y le hubiera sobrado material. Solamente sus amigos conocen las primicias y algunas de sus magníficas ilustraciones. Es lamentable que se pierda tan abundante arsenal reunido con tanto trabajo.



Un manchego en Nueva York

en su ya larga existencia y rechazando lo que pudiera interpretarse como un mito ocasional, porque su otra obra, la de reflejar en la letra escrita, los avatares, virtudes, glorias y defectos de Alcázar durante treinta años, ha creado en todos los que en este pueblo convivimos, una invisible red de afectos y familiaridad, que con la muerte del Rubén, y el lacerado sentimiento de los suyos ha trascendido a todos, como un acumulador que profundamente ha conmovido todas las fibras de la comunidad alcazareña.

Decimos que las conmociones del propio dolor que embarga a sus familiares, y que percibieron el lenitivo de las frases de sentimiento por tantas gentes prodigadas, pasaron imperceptibles para el alma, jefe y creador de la familia, que abrumado, no tanto por la edad como por una indisposición de la climatología, no pudo acoger el trenzado de admiraciones y corolario de estimaciones cordiales, que la vida ya extinguida de su hijo Rafael, supo engarzar por el esplendor de sus merecimientos, y la siempre elegantes condición de su trato personal.

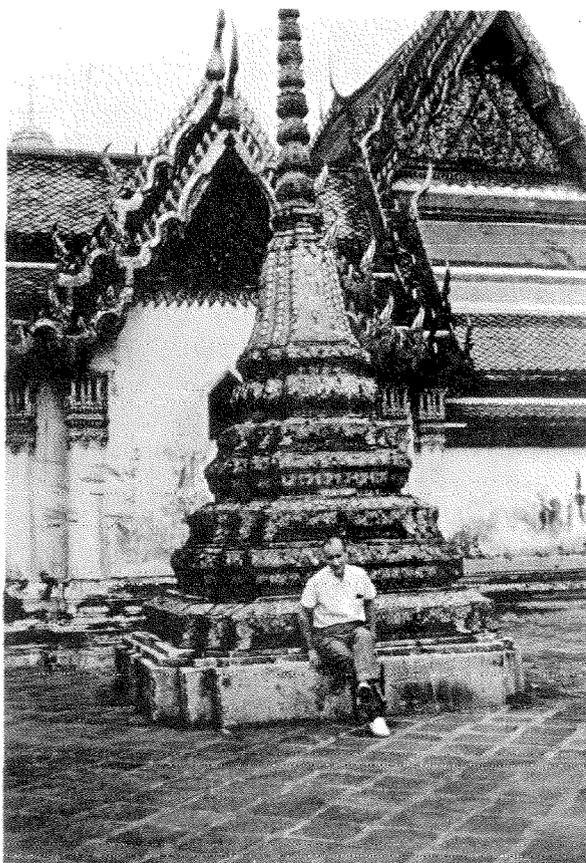
Que las frases amables y laudatorias, que su ausencia terrenal ha motivado fundidas en el calor de un mismo sentimiento habrán llegado a él por esa invisible maraña, que el recogimiento espiritual del observador cuenta y mide las reacciones de un pueblo que se acongoja y las siente como propias.

Era este Mazuecos Lefort, con sus hermanos Roberto (q. G. h.), Margarita, Josefina, Aurora, José y Jaime el llamado a proseguir la herencia y prestigio de la benemérita titulación que exalta el lugareño apellido. Con ejemplar aprovechamiento en sus estudios, humano amor a la profesión y



Congresistas españoles en Japón

Monasterio Budista (Bangkok)



siempre orientado por su progenitor, hubiera iluminado el reverbero de su ejecutoría, en cualquier campo más allá del propio que se hubiera establecido.

Lo proclaman su categoría dentro de la general condición sanitaria- su especialidad en la gine-tocología, y su asistencia en dicho estanco, a numerosos congresos de la rama, por los que recorrió casi toda Europa, alguno de hispanoamérica, y el último de hace unos años en Tokio (Japón). Que demuestra no haber sido una designación circunstancial, su concurrencia a las asambleas dichas, sino, una constante de aportación a las mismas, y dejar siempre el terreno sembrado de buen hacer y aportaciones.

Sería hace un par de años, cuando la dolencia cruel e irreversible, por la que la ciencia lucha empedernida y constante, la que prendiera en su organismo, y en el mismo seno familiar, donde la ciencia médica es tan mantenida y estudiada, viera los tiempos avanzar, con la serena reflexión del conocimiento y espera, y también con la moral cristiana de aceptar los nunca averiguados designios, diciendo aquello de "¡Señor, hágase tu divina voluntad!".

Así, en una mañana del temprano discurrir anual, una multitud llena de amargor y pesadumbre, se congregó en el domicilio mortuorio, en el acompañamiento nutrido y en el rezo de oraciones, por su recuer-



Congresistas en la mitad del Mundo (Ecuador)

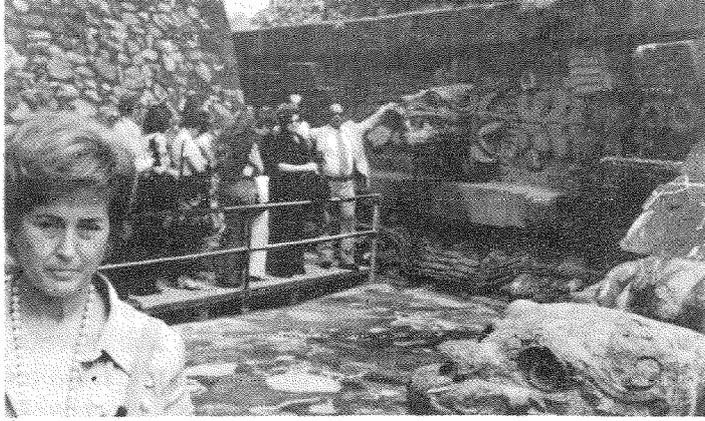
El Salvador sobre la sangre (Moscú)



do y eterno descanso.

A la que es ya su viuda, María Rosa Labadía Gutiérrez, y a las siete rosas que adornaron el florecido hogar, ya trun- cado por la eterna ley de vi- da, Rafael, José Luis, Guiller- mo, María Rosa (ésta con ho- gar propio de familia), Paloma,

Javier y Agustín, pudo impresionarles la aglomerada muestra de condolencia expresada. A quienes por razones de amistad y entrañable comunicación tu- vieron con el extinto, y captando a flor del nivel comunitario, no sólo se ha justificado, sino que han podido comprobar, cuanto puede en la memoria co- lectiva el paso por la tierra de un hombre bueno, humano y ejemplar”.



Templo de Quetzalcoatl (México)

Emilio Paniagua

Publicado en LANZA del domingo 11 de Enero de 1981



El padre y el hijo en Ruidera, ya agachadizos y tomada la última vuelta del camino.

CONJETURAS HISTORICAS

Lo son hasta ahora la inmensa mayoría de las publicadas sobre la antigüedad nuestra, rara vez apoyadas en datos fidedignos y contrastados y casi siempre fantaseando alrededor de alguna noticia casual, al estilo de nuestro ingenioso hidalgo. Pese a su espíritu contrario a este sistema, por lo menos aparentemente. Don Enrique Manzanera, imposibilitado de mas positivas investigaciones, le dió su interpretación a nuestra historia primitiva, partiendo de la rendición del castillo o fortaleza, hecha por los celtíberos a los romanos, sobre los 200 años de J. C.

Hay que suponer —piensa don Enrique— que aquella fortaleza estuviera en el mismo sitio que hoy ocupa el castillo y no hay duda que al tomarla los romanos sería reconstruída por los mismos, como lo demuestra el orden de su arquitectura (?) y sin duda esta fortaleza se dejó y tomó alternativamente por los ejércitos moros y cristianos en el largo período de la guerra de la reconquista hasta el siglo XIII que pasó a poder de los comendadores de la Orden de San Juan.

La citada orden construyó un palacio al lado del castillo en el que los comendadores celebraban sus capítulos, como también lo hacían en el castillo de Consuegra, pero se conoce que preferían Alcázar por estar aquí el palacio.

Algunas otras noticias nos da don Enrique del castillo aunque ninguna sea de las fundamentales que deben esperarse de los nuevos investigadores.

En los años de 1665 al 70, estuvo desterrado en este palacio por razones políticas, el príncipe don Juan de Austria, hijo bastardo de don Felipe IV y hermano, también bastardo, del Rey Carlos II. La causa del destierro fue que no convenía a la reina madre, doña María Ana de Austria, que regentaba el reino durante la menor edad del Rey, que el expresado príncipe bastardo residiese en la Corte, por ser hombre osado y ambicioso que aspiraba por medio de la conspiración a suplantarse a su hermano en el trono.

El destierro fue a veinte leguas de la Corte, señalando como residencia los castillos de Consuegra y de Alcázar. Muchos años se conservó en esta ciudad un cantar popular al estilo de los de la época de Estrella, que decía: “anda y andola, para un hijo de zorra tanta farola”, queriendo decir el estribillo que para ser hijo de una cómica que fue amante de Felipe IV, no merecía destinarlo a un palacio como residencia de su destierro.

El palacio siguió perteneciendo a la orden de San Juan, pero como no se hacían obras de reparación, con el transcurso de los siglos se fue destruyendo hasta su desaparición, aunque debe hacerse constar que ahí estarán los cimientos para los aficionados a estudiar.

Del palacio, torreones, capilla, patios, caballerizas y demás obras que

constituían la fortaleza, solo queda existente uno de los castillos que es donde están colocadas las campanas de la iglesia de Santa María y la capilla que se destinó al cementerio de San Juan.

Conocimos otro torreón, dice Don Enrique, poco menos de alto que el que hoy existe, que estaba situado en el ángulo que forma el descubierta del cementerio que mira al poniente y al medio día (orientación que está en línea oblicua con la torre del Ayuntamiento a través de los corrales de Cañizares y del tuerto el jabonero). El balcón principal del palacio, al destruirse éste, se puso en la fachada del mediodía de las Casas Consistoriales, permaneciendo muchos años, hasta el 1890 que se quitó cuando se reformaron aquellas. El citado balcón era muy largo, llegando sus extremos casi a los otros balcones que hay en la referida fachada. Así mismo hace constar que oyó a otros vecinos muy ancianos que conocieron restos de caballerizas y otras obras de tan histórica fortaleza.

El palacio ocupaba el lugar relativamente pròminente que tiene la iglesia misma y el torreón y que las nivelaciones han ido borrando, pero todavía es bien ostensible, en la parte de la calle donde el terreno toma acentuada pendiente que desagua en la veguilla de palacio hacia la serna, sobre todo en la calle de Don Quijote aunque también en la de Gracia, a la derecha de la cual, junto al camino de Herencia, estaba la cruz humilladero de esa salida, donde los caminantes se santiguaban al salir y al entrar en la población, compañera de la que también existía en el anchurón de la puerta Cervera, fuera ya de la muralla que quebraba su línea en la Torrecilla para seguir al pozo Cardona y dar la vuelta para enlazar con palacio. Cuando se hizo la calle del Quijote, el desnivel era bien grande desde la casa de Cebollo hasta la de Gallinas y mayor más abajo.

La plaza de palacio fue lugar de todas las solemnidades, incluso de las macabras ejecuciones, las últimas tan recientes que las presenciaron nuestros padres, la penúltima la del Sargento Gómez, cabecilla carlista que sembró el terror en toda la comarca. Las últimas ejecuciones efectuadas allí fueron las de Domingo Quiñones, molinero del campo y Pedro Ucendo, pastor, de la misma naturaleza. La víctima lo fue un vecino del Quintanar del que sabían que saldría por la noche hacia el Tomelloso a caballo para no pasar calor. Lo esperaron, lo asesinaron y robaron y mataron el caballo echándolos en un pozo. Convictos y confesos se fijaron las ejecuciones para el día 14 de Junio de 1865, que debían efectuarse en esta población como cabeza del partido. Les dieron garrote y el patíbulo se alzó en la plazuela de palacio, frente al cementerio de San Juan.

Don Enrique dice que presenció tan terrible acto y que no podía olvi-

dar la tremenda impresión.

Quiñones salió de la cárcel a las diez y media de la mañana montado en un burro y auxiliado por el párroco de Santa Quiteria Don Valentín Martín Villa y Ucendo salió a los pocos minutos en otro burro auxiliado por el párroco de Santa María don Jesús Romero.

Quiñones iba casi exánime y tuvieron que subirlo al patíbulo, pero Ucendo iba sereno y subió por su pie y antes de sentarse en el banquillo fatal, dijo en alta voz al gentío que le contemplaba, que miraran el castigo que se da a los que cometen crímenes como este y que les sirviera de escarmiento, porque a él lo mataban por un cigarro puro que fue lo único que sacó del crimen.

Don Enrique lo dice así pero mi madre contaba que de aquel acto quedó un cantarcillo que decía:

“Por un cigarrito puro
y por una mala compañía,
la víspera del Señor,
mataron a mala cara.”

A las once ya estaban ejecutados y puesto de pie sobre el tablado, el inolvidable y virtuoso párroco de Santa María, don Jesús Romero, pronunció un sentido sermón alusivo al acto en términos tan sentidos que pocas serían las personas, de más de dos mil que estaban presentes que no prorrumpieran en llanto.

Los cadáveres estuvieron expuestos en el tablado hasta las cinco de la tarde que se bajaron y les dieron sepultura en el cementerio de San Juan.

El cuadro lo formaron un escuadrón de caballería y otro de la guardia civil.

Hace tiempo que no me situo en la Placeta de Palacio. Lo que se dice estar, casi desde que hizo su casa-escuela Higinio Engalgaliebres no me he detenido apenas, siempre he pasado deprisa, pero pensando en ella, en el estado del terreno y en su extensión, en la magnificencia de la obra de que se habla, en la situación de la muralla siguiendo las torres albatanas, ¿dónde podría estar el palacio y qué espacio podría comprender? ¿No será la iglesia misma centro o parte principal de la fortaleza? La iglesia, el torreón y el cubillo son las cosas que se ven, salvo los pequeños detalles de alrededor. Lo demás está todo ahí también, pero enterrado con bastante relación entre lo vivo y lo pintado, es decir entre lo visible y lo oculto bajo tierra.

He cruzado muchas veces la placeta de la mano de mi madre para ir desde la calle de Toledo a la Torrecilla y después jugué muchas más en los Si-

tios, totalmente despoblados, al salir de la escuela. He visto de hacer el barrio entero, sus calles y casas y conocido y tratado a todos los vecinos primitivos y no veo fácil colocar el castillo y el palacio aún contando con que la iglesia formara parte de ello y que la placeta de Santa María fuera una de las dependencias de la fortaleza, pero el barrio tiene demasiadas anchuras y regularidad para ser un barrio moro aunque se reconozca que salen de ella callejones y callejuelas con recodos y ensanchamientos propios de los usos árabes y patentes todavía en la mayoría de nuestras ciudades.

El desplazamiento de la vida local a este lado de las corrientes motivado por la natural expansión y luego por la estación, dejó aquel barrio con tal grado de sosiego que hasta los tiempos recientes sufrió pocos cambios y en las calles ninguno, salvo en los nombres políticos tan desacertados en todas las épocas. O sea que las calles son las mismas que se recuerdan de siempre y no hay huellas que indiquen que fueron de otra manera.

Si el torreón está en la muralla como parece probable por lo próximo que tiene el cubillo y la torre de San Juan, no se comprende como podría estar el palacio fuera de ella. El barrio ese lo hizo la carretera y en ella misma no había más que el matadero y los corrales del Jabonero y de Cañizares. Todo lo demás eran escombreras de las salitreras, la Corredera se acababa en la Montijana y no existía nada de la Rondilla que era todo campo. Todas las casas son recientes y cuando la Junquilla y Correas pusieron el cuarto de las naranjas ni siquiera se les veía desde la plaza.

Tendrían que caer las construcciones más allá de la iglesia, más hacía la placeta y las calles del Rosario y Salitre y por el poniente hasta el cerro de la calle del Quijote. Es casi seguro que la iglesia se levantó dentro del castillo y las calles que la rodean en ningún caso desdeñarían el trazado musulmán en contra de la línea continua de la modernidad.

Esto por fuera de la muralla que luego, entre ella y la iglesia, apenas queda espacio para un adarve estrecho, mucho más reducido del que se necesita en momento de lucha fragosa defendiendo una fortaleza.

El silencio, el solemne y perceptible silencio de las aldeas y de las cosas eternas arropadas por el tiempo, quedó refugiado en Santa María, donde todavía puede tener el gusto de saborearlo quien lo desee, esta Santa María humilde, ausente de todas las vistas panorámicas que antes de los rascacielos, impropios, feos y vulgares, fruto de una especulación absurda y de una ignorancia mayor, nos ofrecían los mismos puntos de vista sobresalientes y característicos: el torreón, el Ayuntamiento, Santa Quiteria y la Trinidad.

De aquellas calles, jamás anotadas por el Ayuntamiento, solo ha quedado en esta historieja la del Navajo, nombre expresivo (nava pequeña) que tal vez lo fuera alguna de la vertiente Sur de la fortaleza.

No es chica la placeta y además con un edificio cuartelero digno de haberse conservado con alguna misión cultural y que ha estado bastantes años de unas manos en otras sin que nadie se hiciera cargo de su utilidad para aplicaciones especiales.

La placeta es grande pero parece pequeña, como si rechazara la convivencia y los vecinos tuviera que alejarse unos de otros.

La Marina del Estanco

Ha muerto la Marina, como es natural, pero que pena me da.

El Estanco de la Plaza es una institución alcazareña y no puede faltar, pero lo es ahí y en esas manos hechas a manejarle como de haberle criado con el amor de varias mujeres de las que fue hijo único y por lo tanto mimado, al que entregaron su gran amor maternal, genios alegres, caracteres abiertos y la sonrisa permanente, la Tomasa Barrios, la Clotilde Caravaca, la Marina Carreño y... Tres mujeres distintas pero una sola esencia verdadera.

Cada una crió desde pequeña a la sobrina que debería sucederle y las chicas parecían nacer ya enseñadas y hechas a sonar las monedas de plata y distinguir por el timbre las buenas de las falsas, pero no criaban y conservaban su potencia virginal que es el secreto de la fama porque las mantenía con la gana intacta que es lo que hace eterna la esperanza.

De las tres estanqueras conocidas, creo que la más lograda fue la Clotilde, la del centro, la mejor encajada en su función y la mejor compenetrada con el ambiente de la época que le tocó vivir, aquel ambiente finisecular, romántico, desprendido y franco. De la Clotilde figura la semblanza en esta obra junto con la de otros alcazareños característicos y sus actuaciones en la vida.

El estanco de la plaza, tan famoso como el de la Puerta del Sol, abierto toda la noche. El de aquí, sin eso, estaba engendrado por la plaza misma, formaba parte del mercado, rodeado de tiendas y de cuartos de corredores, rabicheros, consumistas y servidores de la plaza cuyo espíritu encarnó. Porque el placer, como se dijo, es de una psicología especial, dentro de las cualidades comunes en la Villa y está mucho más atento a la realidad económica y a las artes de lograrla, cordialidad, simpatía y amabilidad, espíritu de servicio e inclinación a la broma, a los alborozos y a la fiesta, rasgos que son corrientes en todas las plazas de los pueblos grandes, pero que en Alcázar son



No hace falta decir que eso fue cosa de la Clotilde.

Cuando se publicó este retrato el año 1954, me dijo la cantinera que el estanco llevaba abierto 135 años. A su muerte cuenta 161 años de existencia. ¡Qué historia se podría escribir con los recuerdos de las estanqueras y los de la gente que ha desfilado por allí, de la que he conocido mucha de la época de la Clotilde.

mucho más notables por la influencia general del foraterismo que distingue a la Villa y su estanco, al alcance y al paso de todo el mundo, con espíritu servicial y permanente simpatía.

El estanco fue el amor de estas mujeres y el paraíso de sus ilusiones, sin atenuaciones por irradiaciones familiares, con una dedicación plena y permanente consagración y motivo de relaciones amistosas de especial atención, sobre todo en la época de la Clotilde, destacada actuante en los grupos artísticos que tanto removían la localidad, época de especial y saludable alegría y simpatía singular, mujeres las tres espabiladas, dúctiles y a su manera conformes y dichosas, sin llevarse quejas la una de la otra por saber darles su corriente a todas con el afán de lo que se goza.

La Marina se crió en la casa donde empezaban las pasaeras y vió de correr desde niña el agua de todas las avenidas para no asustarse de lo que caía, porque siempre vió que pasaban las nubes, como las trifulcas de la plaza.

La plaza de la fuente, tabernas, barberías y tiendas variadas de las que por las mañanas salían a la plaza, lotería carnicería y viviendas de gente placera.

La mayoría de los placeros llegaron a ella al amparo de los consumos y de la correduría, aunque ya siguieran allí seducidos por el ambiente y por la comodidad, pero los hubo nativos, criados por la misma plaza y con toda su majeza y cualidades, de lo que fue ejemplo, Juanillo Junquillo. (Juan Sánchez Lizcano) también reseñado ya como la Clotilde, por propio merecimiento. Criado entre las banastas de los vendedores, fue un símbolo de la plaza que él fortalecía con su presencia todas las mañanas, como el estanco era parte de la plaza donde como en ella se hablaba de todo y todo se sabía, hasta lo que no había pasado pero podía pasar y sucedería a la fuerza por lo que se deducía de las más finas conjeturas de los ruidos casi imperceptibles y los movimientos silenciosos del personal,



De las tres estancueras, las tres de mediana estatura para abajo, la Tomasa fue la más delgada, la más cetrina, la menos expansiva, aunque intencionada e incisiva. La Clotilde la más retaqueta, la más rechoncha y la más expansiva. La Marina la más afectiva, ni gorda ni flaca, en un buen medio que tenía en la boca la expresión de su alma, aunque lo demás de su cara fuera el espejo de ella como en todo el mundo.

Para compensar su estatura, la Clotilde, ya un poco desenvuelta de caracterizarse en los grupos artísticos, se modernizó el peinado cuando se estilaba ahuecarse el pelo rellenándolo de crepé y se hizo una gran corona que llevó toda su vida sin que por eso subiera un palmo del suelo porque todo lo tenía bajo tierra.

recogidos por las entrantas y salientas que todo lo averiguan o lo adivinan y lo divulgan.

Juanillo que nunca tuvo puesto fijo en la plaza, lo fue todo en ella y lo de Juanillo, que hacía juego con su apodo familiar, le venía precisamente por haber estado entre los puestos desde pequeño, pero era el más corpulento de los hermanos. Después fue, por su facha, por su desparpajo y su fanfarronería, la figura más representativa del mercado muchos años. Nunca tuvo ningún cargo pero los representaba todos, porque le bastaba con su personalidad. A su lado, los de los cargos parecían sus servidores, todo lo veía fácil, todo lo comprendía y parecía que le daban las cosas hechas, los problemas resueltos. Era el más síndico de todos los síndicos que todo lo dominaba desde el centro de la plaza o desde cualquier orilla, como el bastonero de los bailes antiguos que vigilaba la buena marcha y hacía la vista gorda para lo que no la impidiera.

No era hombre para puestos secundarios, en los consumos, aún sin dinero, era el rematante siempre, en la plaza era el abastecedor, en la posada el posadero. Regulaba la plaza con su conocimiento y con sus iniciativas. Siempre estaba dispuesto para el trato y vestido para parlamentar con el más encumbrado trajinante de tú a tú. Y todavía era más fanfarrón que conocedor, cosa que le perjudicaba porque a veces se pasaba y tenía que recoger velas prudentemente, consolándose a sí mismo del desliz por ser gajes del oficio.

Quitaba gallardía a su figura lo mucho que sacaba las pantorrillas al andar y lo picudo de su boca, en contraste con la anchura de su pecho y el despechugamiento de su apañada vestimenta.

Al sacar tanto las pantorrillas hacía más visibles las botas de una pieza, de color caña y muy relucientes, porque la quereña, su tercera esposa, lo llevaba de punta en blanco, no porque él fuera cuidadoso, sino más bien despreocupado, como decían entonces que debían ser los hombres, no remilgados y Juanillo en eso como en todos sus modos, era sobresaliente y como siempre llevaba un puro encendido o una tachuela como el "deco", según decía Toribio el corredor que lo tenía más del doble de tanto apretar las cuerdas al atar los pellejos del vino, se ponía hecho un cirineo de ceniza toda la pechera y la ancha faja, muy trabajada de entrar y sacar el moquero para limpiarse la boca siempre aguanosa por lo picuda.

De las fajas más cumplidas, más lucidas en su adecuado uso y más resistentes a su desaparición, fueron las de Juanillo y la de Paco Quinica entre otros varios que nunca necesitaron otra clase de abrigos. Que maneras de entrar la mano y sacarla llena de duros para jugar o de tomates y pepinos para el salpicón de por las mañanas.

Aquellos hombres y todos, sin faja, se quedaron en la mitad y sus manos desocupadas sin saber donde llevarlas, porque era la faja su centro y lo útil, sin necesitar para nada ni la chaqueta ni los pantalones.

Como no se trata de hombres vulgares ni mucho menos, la familia, sobre todo las mujeres, por ponerse a tono con el mundo, fueron equivocada-

mente cambiándoles las costumbres típicas con las que se enaltecían y ennoblecían las tradiciones locales y ya hace tiempo que no se ven por ninguna parte las prendas clásicas.

La faja era también el lugar donde los echados "p'alante", y Juanillo lo parecía, llevaban siempre "algo" de a cuarta y media por lo que pudiera terciarse y ya se sabe que el preparar armas es el primer paso para usarlas o acobardar con ellas a los desprevenidos, mientras no encuentran la horma de su zapato y cantan la gallina. Estos hombres, apenas vestidos, se metían en la faja el moquero y la faca por un por si acaso y ya iban para todo el día o toda la noche.

La faca cuyo mango no rara vez asomaba por arriba de la faja, como le pasaba al Catre, que siempre estaba dispuesto y otros taberneros que lo consideraban obligado para dirimir los altercados de los bebedores, aunque en Alcázar nunca llegó la sangre al río y tales provisiones fueron más bien pura fantasía, pues el mismo Domingo, que enseguida echaba mano, nunca pasó del ademán y de las voces para echar a la gente a la calle. Voces y "pasaeras", baladronadas y saltar por encima de la corriente para no mojarse. ¿Por qué le llamarían "baladrona" a la parte alta de la Cruz Verde y "arrecife" a la entrada de la calle de la Luna?

Lo de arrecife puede ser y sería seguramente por aflorar ahí las piedras de los pilancones, pero lo de baladrona no se comprende, acaso por alguna vocinglera fama de la vecindad.

El estanco ha sido testigo de todos los cambios de la plaza, de la transformación y engrandecimiento del pueblo por el paso del tren, de los cambios de costumbres, de todas las nuevas corrientes urbanísticas traídas de fuera, de la pobreza extrema de tener que quemar las puertas para calentarse y comer pan de centeno a desperdiciar el pan y no querer más que tocino magro, de la invasión de las pestes que diezaban la población y encogían los ánimos más templados y los estragos crueles de las guerras propias y los enriquecimientos con las ajenas, las agitaciones políticas de todo orden, los variados cambios de régimen y los incontables de gobiernos insostenibles, absolutamente todo lo ocurrido en este siglo y en el anterior, que son los revolucionarios, ha sido visto por el estanco y han pasado por él las diferentes personas con sus reacciones y debilidades, con sus flaquezas y su soberbia, con sus trabajos y sus harapos o con sus capas y mantos, todo, absolutamente todo, procesiones y manifestaciones o tumultos de cualquier índole han pasado por el estanco y a todos los concurrentes se les ha dado tabaco, papel y con qué encender y si hablaran, de todos se podría saber el como y el por qué. Todos los entierros y la mayoría de las bodas y bautizos, porque hasta los de Santa María tenían que pasar por allí a por los confites.

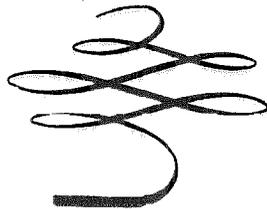
Esta despedida que dedico a la Marina, realizada ante ella con todo su conocimiento y sus deseos expresos, es la más singular "subida al cielo" de cuantas se hayan hecho en la plaza, habiéndose hecho tantas. Y sin comerlo ni beberlo, todo de puro sentimiento, con franqueza y noble deseo, sin

asomo ni mezcla de mal alguno. Se hubiera publicado de todas maneras, aunque no se hubiera muerto, por deseo de ella y mío al mismo tiempo, pero ahora que no nos oye, aunque con la conciencia de hablar en su presencia, debo decir que era muy ocurrente y sentida, era como una niña sin juguetes que espera continuamente el paso de la cabalgata de los Reyes Magos, con muchas ganas de subirse a la carroza pero con no menos temores de ser atropellada. Su atrevimiento era aparente, muy de boquilla, tradicional y natural en un establecimiento tan concurrido de personas dadas a la fantasía.

Nació y se crió en la plaza, como Juanillo, donde la vida infantil tiene menos independencia y se desenvuelve entre los mayores desde el principio, cosa poco conveniente, por lo cual fueron camareros sus hermanos cuando el serlo no se consideraba oficio ni ocupación compensadora y apetecible, sino relajante y aún corruptora. Y por eso también se casó con Pepe que era otro casinista asiduo como ninguno de su casa.

Alguna adustez accidental y ciertos radicalismos de expresión muy placera, le venían en parte del aire familiar, pero también y sobre todo de conocer las segundas intenciones de sus interlocutores.

Durante bastantes años ha tenido la palma de la mayor antigüedad en la plaza, llegando hasta el fin con laboriosidad y alegría juveniles. Noventa y dos años de servicio activo en la plaza constituyendo un símbolo de la misma. En otras épocas de más hondos sentires, la plaza entera se hubiera puesto de luto para despedirla, pero la sombra de su presencia seguirá perdurando en el recuerdo de los placeres, como perduran las de la tía Martina, la de la María Manuela, la de la Picuca, la de la Cayetana y la de la Relojera, que ¡qué lástima que no supiera hacer cesáreas con la falta que te hizo! Pero a otra vez será, porque Dios te seguirá conservando el vigor, el optimismo y la alegría para hacerle frente a la vida eternamente.



FECHAS MEMORABLES

O que por considerarlas como tales las anotó Agustín Paniagua para que no se le olvidaran, lo fueron entre otras las siguientes:

El día 4 de marzo de 1917 se autorizó el paso por debajo de las vías, por detrás de la Covadonga al camino de Valcargao. Antes fue alcantarilla.

El día 27 de mayo de 1907, visitó esta población don Melquiades Alvarez en agradecimiento por haber sido elegido Diputado a Cortes por el distrito y proclamado por el artículo 29.

El día 2 de marzo de 1918 se pusieron los primeros árboles del parque.

El día 4 de septiembre de 1918, abrió sus puertas en el domicilio de su propiedad de la calle de las Huertas el círculo de la Unión que hasta entonces había sido llamado por las gentes como de Cristóbal y funcionado la sociedad en sus locales.

El día 10 de febrero del año 1850, abrió sus puertas el Casino Principal, celebrando su primera reunión en el mismo edificio, el cual con el tiempo ha sufrido reformas y ampliaciones de terreno. Su primera junta directiva la formaron don Francisco Romero del Valle, presidente, Primer Consiliario, don Luis Prudencio Alvarez, Segundo Consiliario don José Antonio Guerrero, Contador don Manuel Chocano, Tesorero don Manuel Mantilla, Secretario don Moisés Alvarez y don Manuel Dionisio Guerrero. La última y gran reforma fue realizada bajo la presidencia de don Oliverio Martínez.

El día 10 de abril de 1877, el rey don Alfonso XII firmó un Real Decreto concediendo a la Villa el título de Ciudad.

El día 6 de mayo de 1910, se inauguró la traída de las aguas potables.

El día 29 de agosto de 1897, se inauguró la luz eléctrica producida por una fábrica instalada en la calle Pascuala, razón por la que se ha conocido como de la luz la bodega instalada en sus locales.

El día 10 de octubre del año 1921, se inauguró el Banco Matritense, instalado en el edificio que fue de su propiedad en la calle Canalejas, casa de don Juan Guerras.

El día 10 de abril de 1907, se abrió La Equidad, siendo su primer Presidente don José María Doncel.

Empresarios alcazareños

He hablado mucho de Cristóbal Cenjor y seguiré haciéndolo, con cualquier motivo. Ahora le recuerdo por ver a diario su casa que se hunde frente a la mía y observarle los nuevos quebrantos al clarear de cada mañana que me hacen reflexionar en la sorprendente evolución de sus actividades y en la inevitable desaparición de todas las obras. Me aviva también este recuerdo la muerte de la última de sus hijas, que fue una en dos, —si mujer—, y creció en el chimeneón que era erial. Era alcazareño de pies a cabeza, áspero y disconforme, tonelero de oficio. ¿Qué extraña idea pudo inducirle a montar aquí un juego de pelota vasca?

Los dueños sucesivos de su casa hicieron la gran bodega que ahora se extingue y aprovecharon la cancha del frontón, cuyo paredón alto se conserva por esa causa, para construir el jaraíz frente a la portada principal de la finca, en línea recta con la de mi corralón quitada hace algún tiempo.

Por el oficio y por el ambiente era más presumible que puesto a negociar se hubiera dedicado a la vinatería, como lo hizo al cabo de los años y sin entusiasmos ni resultado, antes que a un espectáculo de dudoso éxito en Alcázar y de difícil aclimatación, pero se ve le atraían las relaciones con el público porque le faltó tiempo para comprar el Chimeneón, solar parecido al que tenía pero mejor situado, para hacer el casino y el teatro.

Después de hecho aquello y en evolución, con numerosos y ruidosos incidentes que no se como no le costaron la vida, fue cuando hizo bodega y alcolera en la Rondilla pero con poco entusiasmo y escasa dedicación que limitaron su prosperidad porque encontraría más fácil o más de su gusto dedicarse al espectáculo y a la diversión que al manejo de los orujos y de las lías.

Su familia directa y la de su mujer, bastante numerosas, criadas totalmente en mi tiempo, han desaparecido casi por completo. Y digo casi por si queda alguien que de momento no recuerde y esté remansado en la curva de la vida, pero quien sea se pintará solo. Todo ha desaparecido y la distancia y el recuerdo de los sucesos nos permiten apreciar las dificultades que pone el terreno para su labranza o la poca fuerza que le echamos a la esteva para que ahonde la reja, porque se hace poco y ese poco no suele ser duradero.

El empresariado alcazareño, en el sentido de iniciación de industrias o actividades comerciales de cualquier clase, está tan influido por el forasterismo, que lo raro es que sean brotes nativos y los que se conocieron, al fin y al cabo hijos de la tierra, no solo por haber nacido en ella sino por vivir de ella y de trabajarla, tuvieron siempre horizontes limitados y pobre enraizamiento para aguantar las inclemencias de nuestro clima.

Cristóbal es uno de los ejemplos notables más recientes, como lo son Primitivo Vaquero y Félix Peñuela y pocos más porque los otros prefirieron el pájaro en mano a las bandadas volando y aún eso poco era hijo de la arriería y encomendado localmente a las mujeres alcazareñas que fueron motor y timón de las pequeñas empresas durante su vida; la tía Quínica, la Cobeta, la Cantera, la Ciriaca, la Simona, la Amalía, la Lázara de Leña, la tía Benita, la Gregoria la Golilala y todas las demás que se conocen.

Nadie sabe que la gran casa que se hunde en mi calle es la de Critóbal, donde se engendraron todas sus iniciativas impulsadas por la necesidad y sufrió muy grandes penas, porque aún le veo llorar a gritos en la puerta de la calle al salir el entierro de su hijo mayor, pero siguió golpeando noche y día sobre los toneles e hizo todo lo demás.

Es y será siempre de interés alcazareño recordar estos ejemplos aunque no sirva para nada, al parecer, que sí sirve. Como detalle revelador del sentir alcazareño, debe señalarse que ninguna de estas declinaciones, que repercuten de varias formas en el peculio común, es lamentada por nadie y que más bien hay una cierta conformidad no exenta de complacencia porque no quede nada que sobresalga del nivel general. Se desea la tierra rasa, libre de plantas vigorosas y se arrancan los árboles o se logra su desaparición de otra forma haciendo uniforme la pobreza.

Todo era de Cristóbal pero el antagonismo filial, rara vez ausente, borró ese nombre tan sonoro, proclamado por la voz del pueblo a boca llena: el casino de Cristóbal, el teatro de Critóbal, la bodega de Cristóbal, la casa de Cristóbal, la esquina de Cristóbal. Y ya no se ha vuelto a hablar de Cristóbal, pero él volverá en cuanto se amague el aire, ya está aquí, porque las plantas vigorosas retoñan.

Ya viejo y operado de cataratas solía vérselo por las mañanas paseando por la acera, de su casa al Cristo o al Chimeneón, cuando Juan Antonio se había mudado ya de la esquina de Reguillo a la portada de las Bilbaínas, seco, como Don Quijote, vestido de negro, los ojos, que fueron pequeños y penetrantes, encristalados y la cabeza levantada pero meditativa, concentrando el pensamiento en sus propias meditaciones, no en lecturas que le estorbaban. La pequeña información, lo que se dice, lo que se oye, lo que se ventila, desarrolla el pensamiento de estos hombres prácticos pero soñadores, a lo Ricardo López, y les conduce a las acciones más deslumbrantes, que impulsan la vida de los pueblos.

En su propia casa le vi muchas veces, no ya cuando ejercía la toneleería enfrente de la mía, sino en la del Paseo, sentado solo y accionando con leves movimientos reflejos como de hablar solo o dialogar con su pensamiento propio.

La experiencia, los duros golpes de la vida, le hicieron comedido pero tenaz para defender sus posiciones que no abandonaba sino en derrota, ni se compadecía del adversario que como todo buen guerrero creía que debía hacerle polvo.

No fue Cristóbal como Ricardo ni tan audaz ni tan adelantado, pero si más firme y ambos dieron en su época ejemplo de laboriosidad, de iniciativa y de audacia empresarial, que tanto necesitan los pueblos para vencer su remolonería y Alcázar de los que más. Aunque ninguno de los dos fueran hombres de libros, se notaba que Cristóbal tenía las limitaciones del trabajador manual en el que impera la fuerza física que pone tope al esfuerzo integral.

CARTEROS Y PEATONES

Todas las alternativas de que tenemos noticia en estos servicios están reflejadas en esta obra, así como las personas que se consagraron a ellos, incluso cuando las cartas se recibían por valija desde Madrideojos una vez a la semana. Y sobraba tiempo, por lo que no debe extrañarnos que los carteros no repartan los domingos ni los días festivos y hagan puentes y túneles y ascensiones aéreas, porque las novias que eran las que más se adolecían de su falta, desde que promiscuan no lo toman tan a pecho y se notan menos las faltas de los carteros.

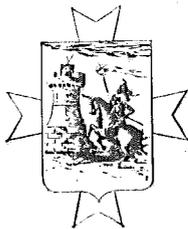


Este que aparece aquí y que no comprendo que se haya pasado, es Eugenio Montalvo Paniagua, el cartero de la Alameda. Empezó llevando las cartas a Marañón pero a los pocos años lo cambiaron al lugar y lo hizo durante 36 años, antes de las pensiones y jubilaciones, por lo que el amigo Eugenio se fue de este mundo sin participar de tales beneficios ni de dejárselos a la familia.

Aquí aparece con una cortina de ramos al fondo, montado en la yegua borriquera, con sombrero de fieltro por ser verano, en mangas de camisa por la misma causa y cartera de cuero cruzada a lo banderola. Era cojo y seguramente por eso fue cartero, lo que pasa es que para retratarse puso la pata buena por delante.

Su cargo era de peatón pero siempre fue caballero y puntual en su servicio. Lo traté mucho pero no recuerdo el motivo de la cojera si bien la forma del pie hace pensar que fuera alguna parálisis infantil, pues era hombre fuerte y saludable, de admirable carácter y bien curtido por los aires, las solaneras y las escarchas mañaneras.

El hecho de que Eugenio pudiera estar en el camino tantos años y una o más veces al día, nos habla claramente de lo apacible de la vida de entonces y eso que se paraba a que comiera la yegua en las cunetas, aunque él contaba, más bien por echar roncas, la vez que le salió un toro bravo de los de las vegas del Záncara y de cuando los gitanos quisieron quitarle la mula y tuvo que defenderse con la hoz y rodear por la puente de don Benito para escurrir el bulto, pero lo que si fue cierto y cuadra con su buena condición es cuando se murió aquel hombre pobre que no había quien lo amparara y Castor ofreció el carro y él sólo lo trajo al cementerio a las tres de la mañana, por lo que el Alcalde le dió tres duros, con gran esfuerzo. Después le tocó a él como a otros de la Alameda que consentían morir por no venir al lugar y Eugenio cerró el ojo en los Molinos, en la casa de los Montalvos del cerro de Judas que perduran, cerro y casa. Su cadáver vino acompañado de la familia, en el propio carro viejo y desvencijado, con el que tantas veces había hecho el viaje y le sirvió de carroza fúnebre en el último, sin añadir ni una perrilla a las mil pesetas anuales que ganaba cuando entró ni a las 10 pesetas diarias para él, el arre y toda la familia, desde el año 36, porque Eugenio se casó con una de Placer, contra lo que hizo el manco del carrillo de Herencia que se murió mozo a pesar de su fortaleza y de sus muchas disposiciones, como puede verse en el sentido y merecido recuerdo que se le dedicó en la primera contraportada del libro 44, al Manco del Carrillo, Francisco Lizcano Alhambra, excelente muchacho del Paseo, cuñado de Choza, el Moreno de los equipajes.



Depósito Legal C. R. 83-1961

Imp. Vda. de Moisés Mata, S. A.
Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1981

